

Arnold Briggs

EL FANTASMA DEL VALS VIENES

El alborozo contagioso con que los habitualmente comedidos londinenses habían acogido el final de la guerra, fué decreciendo y dos semanas después volvió a dominar el ritmo acostumbrado.

Un ritmo monótono para muchas personas, y sobre todo para Cinthya Sutton, dependienta de la sección de perfumería de los «Grandes Almacenes Davies».

Estaba ahita de oírse decir que era un clásico ejemplar de inglesita deliciosa. Ahita, porque si bien era halagador, el madrigal procedía casi siempre de cincuentones elegantes o de jóvenes galanes con intenciones igualmente pérfidas.



Arnold Briggs

El fantasma del vals vienés

Detective - 25

ePub r1.0
LDS 25.04.19

Título original: *The ghost of wien vals*
Arnold Briggs, 1953
Traducción directa y completa de: Gines Rodríguez
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




El fantasma del vals vienes
por
ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

PRÓLOGO

Era un paisaje de ensueño. Una aldea austríaca, alejada de ciudades, casi aislada por las escasas comunicaciones. Sus habitantes sabían que una guerra implacable originaba el rápido surco en el cielo de bandadas de pájaros metálicos, destructores, que iban a sembrar la muerte.

Pero la aldea de Kronjus no valía siquiera una bomba de pequeño calibre, ni justificaba el alojamiento de soldados. Seguían sus moradores dedicados a sus labores camperas.

Procuraban tan sólo mirar lo menos posible hacia la cima de la colina, en rededor de cuyo castillo estaba tendida una espinosa alambrada.

El alcalde y patriarca de Kronjus se había limitado a ordenar que ningún pastor llevara a apacentar ganado por la colina, y que los enamorados y paseantes considerasen la colina sitio vedado.

Por las noches, bien cerradas puertas y ventanas, los taciturnos y fatigados labradores satisfacían la curiosidad de sus familias.

Sí, en efecto, el castillo de Kronjus, cuyos propietarios invernaban en la capital, en la pecadora Viena, en la maravillosa Viena, ya no era propiedad de sus dueños.

El castillo había sido elegido para un extraño menester. Para recluir prisioneros importantes, rehenes de gran valor, y traidores.

A la pregunta acerca de qué nacionalidad tenían los considerados «traidores», los cabezas de familia se encogían de hombros.

El propio alcalde, con toda su sabiduría, no podía descifrar el enigma. El leía la prensa aunque con semanas de retraso, y nombres que veía aparecer entre grandes elogios, eran cierto tiempo después, proclamados como aborrecibles.

Lo que parecía deducirse era que algunos de los prisioneros eran mantenidos, en vida, por interesar que hicieran revelaciones. Pero un impenetrable secreto rodeaba con muro vigilante el castillo de Kronjus.

Los suministros, los relevos, las visitas, cuanto movimiento se verificaba por la colina, no atravesaba la aldea, sino que empleaba la carretera alpina.

Un día de octubre del año 1944, por la carretera alpina, en la otra vertiente de la colina, ascendía hacia el castillo de Kronjus un «Mercedes Benz».

En el asiento delantero iban dos hombres con uniforme austríaco de Estado Mayor.

En el espacioso interior, una mujer de rubia carnación restallante en su vestido de «taffentan» rojo obscuro, aunaba al poderoso encanto de una feminidad pletórica, el prodigio de una boca procaz en un rostro infantilmente delicioso.

A su lado, un arrogante coronel austríaco, de semblante enérgico y a la vez soñador, parecía ensimismado en la contemplación del panorama, monótono a fuerza de ser maravilloso.

En el confortable asiento plegable, sentábase, poco galantemente, ya que daba por completo la espalda a la mujer, un oficial de marina.

Un capitán submarinista. Uno de los ídolos germánicos. Debía tener a gala su morena barba, profusa, que denotaba largas incursiones, porque de vez en cuando ensortijaba en ella sus nervudos dedos.

La visión de las afiladas agujas de los torreones del castillo, hizo que rompiera su mutismo el coronel.

—Estamos llegando, capitán Kleiber. Considero superfluo reiterar mis consejos, que me he permitido especificar con tanta machaconería, porque el carácter de Rolf Lukas es muy particular.

El oficial de marina, sin volverse, dio una brusca cabezada de asentimiento.

La mujer emitió una risita aguda, nerviosa.

—Verdaderamente estoy intrigada, amigos míos. No me consideran una ingenua impresionable y estoy impresionada como una cándida ingenua ante su primera cita de amor.

Con sequedad, el capitán Albert Kleiber, siempre sin volverse,

rebatió:

—El amor está totalmente ausente en ésta nuestra visita al prisionero Rolf Lukas, mi estimada Militza.

—Lo sé, capitán, pero no puedo borrar de mi mente la definición que oí de labios de un inteligente pero poco romántico personaje…

Y miró con ironía al coronel.

El coche penetraba ya en la alameda, que conducía a la enorme verja, primer acceso al castillo, con garitas, y substituidos los setos de antaño por sólida alambrada.

—Un aventurero definido como un vals vienés, tiene que inspirarme curiosidad.

—Curiosidad desplazada, mi estimada Militza. El señor coronel y yo no venimos a Kronjus con miras novelescas.

—¿No? —Y rió ella, burlona.

—Mujer al fin y al cabo, querida —comentó el coronel.

—Pero fuiste tú el que definió así a Rolf Lukas: «Conformista, pero no resignado. Un rebelde risueño, que con lágrimas en los ojos, ríe a carcajadas. Como el vals: levemente melancólico y con repentinas explosiones de alegría. Flexible, armonioso, pero de sólido compás». Y debo admitir que tienes razones para conocer a fondo a Rolf…

El coronel hizo un gesto poco galante. Levantó la diestra… y Militza Rezke se encogió un poco hacia atrás. Conocía perfectamente cuándo debía callarse. Susurró:

—Perdona, Werner. He sido una necia…

Con esfuerzo, el coronel intentó bromear:

—Estamos nerviosos, querida. Tu alusión ha sido un poco impertinente, pero te ruego me excuses. También te suplico que de ahora en adelante avalores tu hermosura con el enigmático aumento de tu silencio más absoluto.

Dos robustos individuos examinaban los papeles que presentaba el uniformado compañero del chofer.

Los devolvieron, hicieron un gesto, y otros dos individuos procedieron a abrir la verja.

Al pasar el coche, los individuos de guardia exterior, aunque vistiendo de paisano, se cuadraron marcialmente.

En el que había sido un suntuoso salón y era un suntuoso cuerpo de guardia, el comandante de la guarnición, tras ser presentado por

el coronel a sus dos acompañantes, manifestó:

—Estoy seguro que cuanto antes deseará usía entrevistarse con el prisionero. Le acompañaré personalmente. La señora me perdonará si la precedo. Es un poco intrincado el sistema de galerías.

Lo era.

Y además de complicado, lóbrego a medida que los escalones descendían.

El comandante se creyó obligado a explicar:

—Debido a varios intentos de evasión, el prisionero Rolf Lukas ha sido repetidamente trasladado, perjudicándose él mismo. Es indudablemente un traidor, pero hay que reconocer que es todo un carácter, que si hubiera sido atraído hacia nuestro…

—Por favor, comandante, tenemos prisa —rebatió, secamente, el coronel Werner Lukas.

Instantes después, en un rellano débilmente iluminado por una linterna, señaló el jefe de la guarnición hacia abajo. Cuatro, peldaños conducían a otro rellano húmedo, truncado por solida puerta.

Presentó una llave al coronel Lukas.

—Siendo estrictamente privada la visita, por órdenes superiores me abstengo de importunar con mi presencia, mi coronel. Al término de la visita, o si desease algo, junto a la puerta hay un timbre de comunicación con el cuerpo de guardia.

Saludó y dio media vuelta, alejándose. El coronel Lukas pareció titubear un instante…

El capitán Kleiber cogió de sus manos la llave.

—Permítame, coronel. Creo que será mejor que inicie yo la visita.

La puerta puso a prueba los recios músculos del oficial submarinista.

Abierta, mostró otro rellano, escasamente iluminado. Otros cuatro peldaños bajaban al recinto que fue mazmorra feudal.

Un pétreo y abovedado rectángulo, en cuyo fondo, al lado de un camastro, sentado en banco formado por la misma roca de la pared, un individuo, acodándose en la tosca mesita empotrada, parecía un fraile cartujo.

Daba esta primera impresión, porque como abrigo llevaba una

manta obscura, en la que un agujero oficiaba de entrada para la cabeza, y una trenza pajiza hacía las veces de cinto.

Rolf Lukas lucía también una copiosa barba castaño cobriza, como su larga melena rizosa.

Los ojos azules miraron risueños a la pareja que entraba en el halo de luz creado por la linterna colgada en alto.

Se puso en pie y efectuó una lenta reverencia. Era alto, de flacas piernas y caderas, comparadas a la anchura del torso. Tenía a la vez gravedad y amable entonación su voz al decir, enderezándose:

—Debo deshacer equívocos. El saludo no lo destino al valiente torpedista, sino al espejismo. Si mi memoria no falla, este ser que luce sol en la altura, nieve en el primer tercio superior visible y breves zapatos de alto tacón, es la maravillosa creación llamada mujer. Debe usted perdonarme, pero hace cierto tiempo que carezco de puntos de comparación, salvo un lejano recuerdo. No cabe duda que es usted una mujer, y… ¡qué mujer!

Militza Rezke sonrió, el capitán Kleiber siguió ensortijándose la barba y atrás, en la obscuridad, en lo alto del rellano, Werner Lukas sintió algo ardiente quemar sus pestañas…

Rolf Lukas prosiguió:

—Acomódense en este banco. Les parecerá un poco arisco al principio, pero es saludable. Gracias… Y ahora permítanme presentarme. La manta que entibia mi anatomía, fué hace cinco años capote de teniente de húsares. Y sigo siendo lo que nunca dejé de ser: ¡teniente Rolf Lukas, del Catorce Real de los Húsares de Viena, señora, y beso su mano!

Albert Kleiber, sin saber por qué, volvió a levantarse. Militza Rezke había tendido su diestra, y Rolf Lukas, en muy castrense inclinación, la rozaba con sus labios.

Como si se reprochara aquella debilidad ante un «comediante vienés», el capitán Kleiber, sentándose de nuevo, dijo:

—Me llamo Kleiber, y el motivo oficial de nuestra visita es interrogarle. Ha habido una conspiración contra el Tercer Reich, en la que están complicados oficiales que usted conoce.

—Magnífico, señor Kleiber; magnífico. Pero ¿Por qué se molestó? Ha sido extremadamente amable por su parte efectuar un tan largo viaje para traerme esta gran noticia.

—He dicho que ha sido el motivo oficial de nuestra visita. Según

parece, uno de los oficiales complicados, perteneciente a la dotación de un dragaminas, poseía una carta de usted.

—¿Una carta mía? Es posible, si estaba fechada antes del año 40.

—Estaba fechada en septiembre del actual.

—Ignoraba que los alemanes poseyeran tanto humorismo, señor Kleiber. ¿Hans, Otto, Fritz?

—Albert Kleiber. La carta falsificada la coloqué yo mismo en el cadáver del oficial, muerto al intentar resistirse.

Rolf Lukas, que permanecía en pie, de espaldas al rellano, sonrió:

—Seguramente, la señorita se aburrirá.

—No, no —murmuró ella.

—Tanta amabilidad me abruma, y ahora volvamos a lo que decíamos, Kleiber. Examine usted el contorno mural y comprenda que, aun con mi mejor voluntad, ignoro por completo lo que sucede por el mundo, aunque tenga la certeza de que ya les queda menos tiempo a los cerdos para la matanza. Un momento, señor Kleiber, que estoy hablando y tengo pocas ocasiones. No aludo a los alemanes, al hablar de cerdos. Ellos son como son y luchan porque creyeron inculcar al mundo su carácter. Cuando hablo de cerdos, aludo a austríacos como yo, pero que no están como yo. Por ejemplo…

Y volviendo sobre los tacones de sus sandalias, Rolf Lukas tendió el brazo hacia el rellano. Rió, pestañeando:

—¡Ahí está un hermoso ejemplar de jabalí asqueroso! ¿Creías que no te había visto, Werner? Unos cuantos años en sitios como éste, desarrollan hasta el infinito los sentidos. La vista, el olfato… Eres un asqueroso ventajista, Werner Lukas, pero nunca fuiste cobarde. Soy tu hermano menor, Werner, y por suerte tu único hermano. No te ampares en las tinieblas. Avanza y no seas dramático. Sería absurdo que te avergonzase mostrarme tu uniforme de coronel vendido… Perdona, Werner, ha sido un mal arrebato.

También inconscientemente, Kleiber habló sin meditar previamente:

—Ha de saber que está usted con vida gracias…

Rolf Lukas dio otra media vuelta rápida. Se enfrentó con Kleiber,

respirando un poco anheloso… Hubo un instante de tensa opresión y por fin Rolf Lukas rió:

—Soy un ingrato, y gracias por recordármelo, Kleiber. No acabo de entender la razón de su presencia, Venus.

—Militza Rezke —dijo, a espaldas de Rolf Lukas, su hermano—. La mujer con la que voy a casarme, Rolf.

—Mi más sentido pésame, Militza —sonrió Rolf Lukas—. Hasta el año 39, tu novio era un hombre. En fin, no prolonguemos tan grata situación. Y no vuelvas a hablar, Werner. No… No vuelvas a hablar, te lo suplico. Prefiero que sea tu futura esposa o Kleiber los que me expongan la razón de esta visita.

Rolf Lukas fue a su camastro y se sentó. Sus azules ojos tenían infinita melancolía mirando al que fué a reclinarse a un lado de donde se sentaba Kleiber.

Fué Militza Rezke la que inició la difícil proposición:

—En Viena siguen considerando dechado de caballerosidad al teniente Rolf Lukas. Un caballero que nunca faltó a su palabra. Un hombre que si dice: «sí», equivale a un juramento. Cuanto diga yo o el capitán Kleiber, ¿permanecerá entre nosotros, teniente Lukas?

—Sí. Y ya prestado el juramento, hable usted, Kleiber…

—Repetidas veces su sentencia de muerte ha sido aplazada y repetidas veces se le ofreció salir en libertad, porque la superioridad estimaba que usted tenía muchos adictos. Usted se negó rotundamente desde un principio a ser aliado y salvó la vida porque se consideró que algún día podría servir. Debo decirle que la derrota alemana es inminente.

Kleiber se pasó la mano por el rostro. Sudaba…

Rolf Lukas echó atrás la cabeza y rió en prolongada carcajada.

—No soy rata que huye del barco que se hunde y permaneceré en mi puesto.

—¿Sí? Diga tal vez que lo difícil es escapar, capitán Kleiber.

—Usted puede escapar. Usted será, el día del triunfo enemigo, un hombre por encima de toda sospecha. ¡Hable, Militza!

Rolf Lukas se puso en pie, atajando con un ademán a la que se disponía a hablar. Avanzó hacia su hermano, deteniéndose a un paso.

Se miraron ambos un instante, en silencio. Por fin dijo Rolf Lukas:

—Habla tú, Werner. Tú… Presiento algo muy digno de ti.

—Kleiber, Militza y yo estamos considerados como fieles…, pero sería inútil que intentáramos escapar… con nuestra fortuna.

—¡Oro, oro! Tu gran amor, Werner. ¿Recuerdas cuando nuestros padres tuvieron el sublime acierto de morirse en breve intervalo? Era el año 33. Siendo tú el mayor, fué a mí a quien me recomendaron te cuidase, porque lo sabían… Sabían que eres un ambicioso enfermizo. ¿Qué, Werner? ¿Millones y millones? ¿Y no puedes escapar con ellos? ¿Ni el submarinista? ¿Ni este ángel lleno de sensual salud? ¿O no os fiáis entre los tres?

—Yo podré facilitar la huida, cuando todo termine, al coronel y a Militza.

—Pero no podríais correr mucho con las talegas al hombro. ¿Y qué genial ocurrencia hacéis fraguado?

Werner Lukas se apartó a un lado. Militza Rezke se levantó.

Dijo un solo nombre:

—Margaret.

Rolf Lukas pareció adquirir mayor estatura. Kleiber dijo:

—La señorita Margaret Thompson no ha sufrido el menor daño. Y estará a salvo por completo cuando nosotros comprobemos que usted ha cumplido su parte.

Rolf Lukas tendió el índice hacia Militza Rezke:

—Mejor que hables, cuñada. Un terreno resbaladizo ése… Me consideran inteligente, pero llevo algún tiempo sin demostrarlo. ¿He entendido mal o habéis pensado que yo os saque el botín, os espere, os lo entregue, y recibiré en recompensa, además de la libertad de respirar, a Margaret Thompson?

—Cuando usted fué encarcelado…

—Esto me lo sé, cuñada. Faltaba poco para que me reuniera con Margaret en Suiza y nos hubiéramos casado.

—Ella cometió la imprudencia amorosa de intentar verle, Rolf. La hicieron prisionera, acusada de espionaje. Werner consiguió la indultasen y ha sido bien tratada. Con ciertas garantías, cada uno de nosotros cuatro habrá conseguido su propósito. Si usted promete… cumplirá. Del resto ya nos cuidaremos. Kleiber y Werner piensan recurrir a un cirujano estético, y residir en Sudamérica. Yo esperaría en Suiza… Hemos pensado en un medio de reconocernos…, un sistema que sin necesidad de revelar nuestra personalidad… Se le

facilitaría a usted la fuga y Kleiber le indicaría el medio de recoger y trasladar lo que, terminada la guerra, nos permitirá vivir a cubierto de toda dificultad…

—¿Oro a trueque de Margaret? ¿La vida de Margaret y mi libertad, a cambio de vuestro puerco botín? No está mal… Ya les habrás dicho cómo soy, ¿verdad, hermano? Si digo, «sí», cumplo. ¿Qué contraseña habéis adoptado? Todo estará seguramente planeado al detalle más nimio. Dad por vuestro el oro… donde digáis y como digáis…

Diez minutos después, salían los tres visitantes. El último fué Werner Lukas. Se llevaba la promesa… y una mejilla algo roja. Un suave bofetón, leve, despreciativo… cariñosamente insultante.

Y a solas en su calabozo, Rolf Lukas silbaba entre dientes un vals. Era un ferviente melómano y había compuesto por capricho. Conocía a fondo los ricos matices del pentágrama, y las variantes que podían introducirse en una melodía… Era una contraseña, original.

Antes de dedicar de lleno su pensamiento a Margaret Thompson, la inglesita enamorada, pensó en Kleiber.

Un aventurero del mar, ambicioso.

¿Militza Rezke?

Una aventurera valiéndose de Eros. Otra ambiciosa.

¿Werner Lukas?

Merecía un estudio aparte. No era un anormal, y sin embargo no había continuidad en su villanía. Amaba las riquezas por encima de todo y se expuso a perderlas, impidiendo la muerte de Margaret Thompson, acusada de espionaje.

Rolf Lukas no quiso ahondar más en el extraño problema humano que le impedía aborrecer al indigno coronel Werner Lukas.

Prefirió concentrarse en la evocación de la próxima fuga, cuyos detalles había planeado cronométricamente el aventurero y ocasional héroe germánico Albert Kleiber.

CAPÍTULO PRIMERO

El alborozo contagioso con que los habitualmente comedidos londinenses habían acogido el final de la guerra, fué decreciendo y dos semanas después volvió a dominar el ritmo acostumbrado.

Un ritmo monótono para muchas personas, y sobre todo para Cinthya Sutton, dependienta de la sección de perfumería de los «Grandes Almacenes Davies».

Estaba ahita de oírse decir que era un clásico ejemplar de inglesita deliciosa. Ahita, porque si bien era halagador, el madrigal procedía casi siempre de cincuentones elegantes o de jóvenes galanes con intenciones igualmente pérfidas.

Seguía esperando su Príncipe Azul, y dudaba de conseguirlo tras el mostrador y entre estantes de empalagosas emanaciones.

Pero no perdía las esperanzas, porque tenía veintitrés años y un espíritu valiente. Había denegado variadas ofertas, desde la de agentes en busca de coristas a la de fotógrafos de arte.

Tenía una convicción absurda, que atribuía al exceso de lecturas románticas y folletinescas. No había nacido para envejecer como vendedora ni para conseguir lujos poco honorablemente.

La aventura llamaría a su puerta decentemente, gloriosamente. Cinthya Sutton, al ver aproximarse a una clienta, ignoraba que hacia ella venía la aventura. Formuló la pregunta oficiosa:

—¿En qué puedo servirla, señora?

La interpelada, que hasta entonces ni la había mirado, y que estaba examinando los precios de diversos extractos, la contempló.

Cinthya Sutton estaba acostumbrada a producir efectos fulminantes en el sexo opuesto, pero era la primera vez que causaba tanto pasmo a una mujer.

Permaneció un instante cohibida, levemente sonrojada, porque

se prolongaba el silencio con el que la clienta la examinaba detalladamente, dilatados los ojos, plasmada la mayor de las sorpresas en el semblante.

—¿En qué puedo servirla, señora? —reiteró, molesta.

La sorpresa y la fijeza inquisitiva desaparecieron del hermoso rostro de la rubia clienta, que sonrió amablemente:

—Deberá usted perdonarme, señorita. Ha sido tan imprevisto, tan inesperado…

Hablaba un inglés bastante correcto, pero con fuerte deje exótico. Debía saber dominar sus mayores sobresaltos, porque dejando de mirar a Cinthya Sutton, añadió con tono indiferente:

—Le daré mi tarjeta para que me remitan al hotel este extracto. Me favorecería muchísimo, señorita, que usted misma viniera…

—Lo siento, señora, pero pertenece a otra sección el servicio de reparto.

—No lo ignoro, pero sabría usted la razón por la que me ha causado usted tanto asombro. Y tal vez le conviniera oírme. Podría usted efectuar un hermoso viaje: París, Suiza…, con todas las garantías y respetabilidad. En fin, a partir de las siete, estaré en estas señas. Creo que la suerte nos ha unido, señorita…

—Cinthya Sutton.

La extranjera, dejando su tarjeta sobre el mostrador, se alejaba. Cinthya Sutton la examinó. Vestía bien, era bonita, algo madura, pero disimulándolo muy atinadamente…

Leyó la tarjeta:

«*Mildred Rilke*»

Y escrito a pluma:

«*Hotel Majestic*»

* * *

A las siete y veinte minutos, Cinthya Sutton se repetía

mentalmente y, por enésima vez, que no debía haber venido.

Pero estaba ya en el ascensor, llevando en la diestra el paquetito conteniendo el extracto de «Soir
d'Ivresse».

El ascensorista, con espontánea amabilidad y reprimida intención de piropear, informó:

—Siga el pasillo a la izquierda, basta el fondo, señorita. Gire entonces a la derecha, y al fondo están las habitaciones que busca. «*Suite*» 14. ¿La espero?

—Como quiera, pero creo que tardaré, y seguramente otras personas reclamarán el ascensor.

El ascensorista se quedó en la duda de si Cinthya Sutton era una irónica con aspecto de primaveral ingenuidad, o una ingenua completa.

Cuantos conocían a Cinthya barajaban el mismo dilema sin resolverlo.

La «*suite*» 14, que al día siguiente pasaría a inscribirse en los anales de Scotland Yard, era confortable y suntuosamente discreta. Un saloncito recibidor, una sala comedor, y dos alcobas separadas por un cuarto de baño.

Cinthya Sutton estaba firmemente dispuesta a no dejarse alucinar. Consideró realmente principesco el atuendo íntimo con el que la recibió la extranjera.

Colocó el paquetito sobre una mesa en la sala comedor, y se sentó a la muda indicación de la que, encendiendo un cigarrillo, empezó a pasear a lo ancho de la sala.

Se detuvo, aplastando el cigarrillo apenas iniciado, y en pie, acodada en el reborde de la chimenea, fué elocuentemente concisa porque llevaba más de una hora meditando los términos del discurso:

—No soy americana, pero acepto el método directo de tratar las cuestiones. He nacido en Suecia, y el motivo de mi viaje a Inglaterra es encontrar, una joven inglesa. Le parecerá pueril que manifieste que he venido a Inglaterra para encontrar a una joven inglesa, pero es así. ¿Le apetece una taza de té?

—No, gracias. ¿Encontró a la joven que busca?

—Es usted.

—Perdón; quizá pareceré un poco tonta, pero…

La extranjera se había acercado, y la carterita que cogió de encima de la repisa, la colocó en la mesa, delante de Cinthya Sutton.

Era un portarretratos.

Cinthya Sutton estaba dispuesta a no extrañarse de nada, puesto que atribuía a los forasteros más excentricidades que a sus compatriotas.

Pero le tocó el turno de permanecer boquiabierta, sobresaltada. La cartera portarretratos tenía tres compartimientos. En el de la izquierda, un hombre de agradable rostro, cabellos castaño obscuro, ojos densamente azules.

En el del centro, el hombre de la foto izquierda tenía su mejilla rozando los cabellos de… la muchacha de la foto derecha.

Y la muchacha de la foto de la derecha, era ella misma, Cinthya Sutton.

Cinthya Sutton contrajo la garganta, hasta lograr absorber el nudo que resecaba sus cuerdas vocales. Dijo:

—¡Es inconcebible! Parezco yo…, pero no soy yo, puesto que nunca vi a este caballero. Bien, mirándola de más cerca, y pasada la primera impresión, esta muchacha tiene el óvalo del rostro más fino que el mío, y sus cabellos son algo más claros.

—Esta foto fué tomada hace más de cinco años, en Austria. Después hablaremos de ello. Ahora debe volver a perdonarme, si me tomé la libertad de pagar los servidos de una agencia de información, apenas abandonó los «Davies». Eran las cuatro, y a las seis, poseía ya los datos que me interesaban. Corríjame si hay un error, aunque la agencia es de primera clase, y estrictamente confidencial.

«Mildred Rilke» encendió otro cigarrillo, y mientras Cinthya Sutton parecía incapacitada de apartar los ojos del portarretratos, resumió los datos suministrados por la agencia:

—Tiene usted veintitrés años, procede de Abbot-on-Thames, donde residió hasta la muerte de sus padres, con una hermana de su padre. A los dieciocho vino a Londres, empleándose en los «Davies». Honestísima, alojándose en una pensión de empleadas, sin novios ni amoríos, ni amistades fijas. Gusta de leer, oír buena música, y pasa sus vacaciones con compañeras de trabajo. Gana usted al mes doce libras, y posiblemente será ascendida a primera dependienta, con

quince libras mensuales, el próximo invierno… ¿Perfectamente de acuerdo?

—En líneas generales, sí.

—Si pudiera obtener un permiso de dos meses, yo le ofrecería las siguientes garantías: ahora mismo, en billetes, en efectivo, el equivalente a un año de sueldo. En el pasaporte figuraría usted como lectora y dama de compañía. Iríamos a París, después a Zurich, y antes de un mes, posiblemente, estaría usted de regreso. Si todo saliera como me supongo, percibiría usted… cinco mil libras esterlinas que no tengo inconveniente en reconocerlas como deuda, en documento legalizado ante mi banquero parisino.

Cinthya Sutton aspiró, exhaló el aire, y por fin creyó tener una entonación firme y sin temblores al replicar:

—Una oferta tan seductora, debe tener sus inconvenientes.

—Ninguno en absoluto, y lo comprenderá cuando haya oído la razón por la que le ofrezco tanto por tan poco. La primera razón es porque tiene usted el mayor de los parecidos con la señorita inglesa de las dos fotografías. La segunda razón es porque cuando usted, en mi compañía y la del profesor Kleist, sea vista en Zurich por determinada persona, habré conseguido mi propósito.

—¿La persona que ha de vernos… es este caballero? —Y señaló Cinthya al desconocido de la fotografía.

—Sí. Le expondré brevemente, y sin ahondar, el problema. El profesor Kleist, de nacionalidad suiza, con el que debemos entrevistarnos en París, es el hermano de este caballero de la foto, el cual sufre una leve alteración mental desde que perdió a su novia, esta señorita de la fotografía. La quería mucho, y no se ha resignado a su muerte. La considera con vida, y la espera. Reside en Suiza, casi siempre en Zurich. El profesor Kleist desea hacer un experimento, llevado por su amor fraternal. Estima que el *shock* que la presencia de una joven parecida a la de la foto produciría en su hermano, podría devolverle el cabal juicio. Tanto si el experimento da fruto como no, usted percibirá lo pactado.

Cinthya Sutton parpadeó. Era un modo de cerciorarse de que estaba despierta.

La proposición era de película, pero la vida ofrecía a veces, a los elegidos por los dioses, situaciones más románticas que las que podía imaginar el más experto guionista.

Susurró:

—Debería pensarlo… Llevo cinco años en los «Davies», y una petición de permiso, por dos meses, les chocaría.

—Es usted muy libre de disponer de su voluntad, Cinthya. Afortunadamente, la novia del hermano del profesor Kleist era del tipo clásico británico. No lo tome a mal, puesto que la incluyo en la minoría, pero, en Inglaterra la mujer bonita no abunda. Cuando lo es, tiene su aspecto. Muñeca de porcelana, ojos cándidos, cabello de seda, esbeltez sin angulosidad, y distinción. Si usted no acepta, daré contraorden a la agencia que está buscándome la sosias de la fotografía.

—¿Cuándo… debería darle mi respuesta?

—Cuanto antes, porque apenas encuentre la «doble», me reuniré con el profesor Kleist en el «Hotel Crillon», de París. Tiene él que dar el visto bueno, antes de reemprender el viaje a Zurich.

—Pasaporte…

—Tengo amistades y dinero. Lo obtendría al instante.

—El permiso…

—Escribiría usted desde París, notificando que un asunto urgente, una herencia inesperada, la obligó a ponerse en camino sin previo aviso. Considere que el profesor lleva meses esperando, y los mismos llevo yo recorriendo Inglaterra.

—Así de pronto, es todo tan asombroso, que al apartarse de lo corriente me encuentro indecisa.

—Es lógico. La esperaré para cenar, Cinthya. A las nueve. Si acepta, como anticipo le entregaré doscientas libras. Puede informarse de quién soy, de mi honorabilidad y antecedentes, en los Bancos Suizo y Escandinavo.

—¿Y si aceptase, cuándo emprenderíamos el viaje?

—Soy bastante conocida, y no quisiera que algún amigo del hermano del profesor Kleist me viera con usted. Cualquier indiscreción echaría por tierra el método curativo imaginado por el profesor. Usted cogería el avión de las siete en Croydon. Yo telegrafiaría al profesor, que a las nueve la esperaría en el aeródromo francés, y nos reuniríamos por la noche en el «Hotel Crillon». Doy por seguro que el profesor dará su aprobado, y partiríamos hacia Suiza.

Sintiéndose levemente mareada, Cinthya Sutton manifestó:

—No tengo equipaje, y las tiendas…

—Le cederé parte del mío. En París comprará lo que necesite. Podrá pasar el día entero de compras, si el profesor da por acertada mi elección. Y mejor será que no comunique nada a sus amigas de pensión, a las que puede escribir desde París. Precisamente escogí esta «*suite*» con dos alcobas, esta misma tarde, apenas la vi. Podemos cenar juntas, dormiremos de un tirón, y mañana a las cinco y media usted saldrá de aquí hacia París. Un viaje excepcional con la fortuna al final… y tal vez el hermano del profesor le sea agradable, Cinthya.

—Aceptaría una taza de té, señora Rilke.

* * *

Una conversadora amena, simpática, suavemente escéptica, muy mundana, la maravillosa enviada del Destino.

A las diez de la noche, Cinthya Sutton introdujo en un bolso prestado por Mildred Rilke, veinte billetes de diez libras y su pasaporte.

A las diez y media, procuraba en vano conciliar el sueño. Todo era demasiado lujoso, demasiado increíble.

Sin embargo, tenía doscientas libras de su propiedad, un billete para el avión que aterrizaría en París… y un romántico enamorado que esperaba a una novia que había muerto.

Oía tenuemente la música de la radio. Seguramente Mildred Rilke no tenía costumbre de acostarse pronto. Se habían despedido como antiguas amigas, cordialmente, dándose cita para la noche siguiente en un hotel de París.

Ella había reído con fascinante simpatía, al decir:

«Te deseo buen viaje, Cinthya, y no me despiertes, porque a mis años te diré, privadamente, que madrugar perjudica el cutis. Hasta París, querida. Estoy segura que Albert Kleist te considerará la medicina ideal para su hermano».

Cinthya Sutton se durmió. Entre sueños, revolviéndose, miraba de vez en cuando el reloj pulsera colgado bajo la lamparita de la mesita de noche.

Quería evitar que se olvidaran de despertarla a las cinco…

Trasnochaba mucho Mildred Rilke… El reloj marcaba las dos y

veinte de la madrugada y, aunque muy tenue, se oía perfectamente, procedente de su alcoba, un ritmo melodioso.

Las notas risueñas, entremezcladas de leve melancolía, de un vals vienés.

CAPÍTULO II

Cinthya Sutton, a punto de seguir a la doncella que esperaba, estuvo tentada de ir a despedirse de la que le proporcionaba aquella deliciosa aventura tan bien remunerada.

Pero recordó la observación acerca del cutis, y echó a andar tras la doncella y el empleado que llevaba las dos maletas propiedad de Mildred Rilke, en las que había ahora un tarjetero con sus nombres.

En el coche que la llevaba al aeródromo, el desierto y neblinoso Londres le inspiró un poco de tristeza, como cuando se dice adiós a un ser querido.

Pero volvería pronto…, y tal vez casada. El hombre de la fotografía tenía un semblante enérgico y a la vez soñador…

Los trámites, la cortés deferencia de empleados, todo era nuevo. Embriagador. El avión, al remontarse, le produjo la impresión de un ascensor de veloz impulso.

Se sumergió en la asimilación del capítulo que en la guía de París, se refería a la famosa Rue de la Paix y sus tentadoras tiendas.

Cuando lo hubo leído, trató de imaginarse cómo sería un profesor suizo. ¿Profesor de qué rama científica? ¿Suizo? Posiblemente grueso, sonrosado, con ojos de miope…

—No, porque siendo el hermano del fotografiado, tenía que ser guapo. Aunque había hermanos muy diferentes entre sí…

Tenía razón la pequeña y vivaracha Winie, la de la sección de lámparas, cuando afirmaba doctoralmente:

«Estas toda aburrida, asqueada de repetir siempre lo mismo, y de pronto, ¡zas!, se presenta la novedad. Un príncipe de incógnito que se enamora, un lunático al que le recuerdas a su imposible amada, y… ¡al diablo las lámparas y el sonreír teniendo ganas de morder y estrellar lámparas sobre la cabeza de “Mil Ojos”!».

«Mil Ojos», el jefe inspector de secciones en el segundo piso. Era ayer mismo cuando ella le veía deslizarse como un traidor de melodrama, en acecho de fallos, y parecía tan lejano, como perteneciente a un mundo muy distinto.

Allí abajo, era Francia. Miró su reloj. Las nueve menos diez…

* * *

La doncella se cansó de llamear, y pensó a avisar al conserje del piso al que pertenecía la «*suite*» 14.

El conserje hizo uso de su juego de llaves. Y abierta la puerta de la alcoba de la huésped que había ordenado la despertasen a las ocho y media, conserje y doncella manifestaron su horror de modo distinto.



—Empiezo a arrepentirme de haber aceptado...

La doncella gritando incesantemente, y el conserje, desmayándose…

* * *

El inspector Gregor Stanley, de la Brigada Social de Scotland

Yard, terminaba de desayunar cuando su hermana entró:

—Debes ir al instante al «Majestic», Greg. Ha telefoneado desde allí Malcolm. Urgente.

—¿Nada más? —dijo maliciosamente Stanley.

Su ayudante Malcolm Tresham había manifestado días antes su intención de ingresar en la cofradía de maridos, pidiendo primero el asentimiento de su futuro cuñado.

El cual había replicado que agradecía la subordinación, pero que, en cuestiones de matrimonio, la parte principal en opinar era la elegida.

Y la elegida estaba muy de acuerdo. Dijo ahora, riendo:

—Debe ser muy importante, porque Malcolm estuvo seco y muy reglamentario.

En la puerta principal del hotel, el gerente esperaba al inspector Stanley.

—Lamentable, horrible, y yo le quedaría infinitamente…

—Ya sé. Discreción y el crédito del hotel. No creo que mi ayudante sea escandaloso.

—Hasta ahora ha sido todo un caballero. Es en la «*suite*» 14… horrible, señor.

—Modérese, o será usted mismo el que llamará la atención.

En el pasillo conducente a la «*suite*» 14, la recomendación de Malcolm Tresham había surtido efecto. En el propio interés del hotel, sus empleados debían callar.

Los gritos de la doncella descubriendo lo que contenía la alcoba, no habían trascendido demasiado. Se justificaron como producto de una clienta histérica, que había abandonado el hotel.

Delante de la puerta marcada «14» había un individuo paseando. La abrió al llegar Stanley, saludando respetuosamente.

En la sala comedor, Malcolm Tresham informó:

—Buenos días, señor. A las nueve menos veinte telefonearon, y vine con Cecil, Holburn y el forense. La doncella Smitson y el conserje Paddock, no tocaron nada. Todo está como lo encontré. El móvil podría ser el robo, o hacérnoslo creer, aunque hay detalles contradictorios.

Gregor Stanley tenía la sensibilidad algo embotada, después de cuatro años de guerra como «tanquista», y tres de Scotland Yard.

Se estremeció.

No era agradable una mujer ahorcada, y menos si poseyendo un cuerpo armonioso, tenía la espalda convertida en hinchados surcos, en algunos de los cuales la sangre se había coagulado con jirones del camisón.

Miró técnicamente. Por soga, el trenzado de un cortinaje. Por garfio de suspensión, el que servía para sostener la lámpara central de la alcoba.

Dijo, mirando al forense:

—Ordene lo necesario para el traslado. ¿Dónde está Cecil?

—En la sección de Extranjeros, señor —replicó su ayudante.

—Bien hecho. Usted, Holburn, prosiga con las microfotos.

Regresó Stanley a la sala, y de un armarito extrajo un frasco, destapándolo. Lo olió, y, al gollete bebió un sorbo.

—Bebe también tú, Malcolm. Nos sentará bien. Un coñac francés. Ve contando lo que valga la pena.

—Figura como Mildred Rilke, sueca, procedente de París. Entró hace once días. No recibía visitas, salvo esta tarde. A las siete y cuarto la visitó una joven, que ya no abandonó estas habitaciones hasta las cinco y media. Se inscribió como Cinthya Sutton. Cenó con la ahorcada y a las cinco y media el coche del hotel la llevó a Croydon, al avión de París. El forense da por horario entre una y tres. Los surcos marcados en la espalda, son latigazos. Falta parte del equipaje, y han registrado los cuartos. El conserje que estaba de servicio nocturno, declara que la sueca tenía su radio funcionando hasta la medianoche. He anotado textualmente su declaración, en el punto importante…

Malcolm Tresham leyó:

—«A las dos en punto hice mi ronda de pasillos, y fui a tomar una taza de té con Nel Smitson. De regreso a mi cabina, serían las dos y media, no sé fijamente, porque no consulté mi reloj, me extrañó oír una musiquilla. Procedía de la alcoba… de la “*suite*” 14, la ocupada por la señorita sueca. No sé cómo explicarlo.

»—No se inquiete, Paddock. Explíquelo como quiera, a su modo. Usted no es sospechoso, usted es un ayudante nuestro».

Comentó Stanley:

—Este rollo lo sueltas a todos, y surte excelentes efectos. ¿Qué te contestó Paddock?

—«No era música de radio. Era más fina, menos mecánica. Como

sí brotara de una orquesta tocando en sordina. Un precioso vals. Muy en sordina, y lo estuve escuchando. Cesó de pronto, y regresé a mi cabina. A las ocho y treinta y cinco vino a buscarme Nel Smitson. No contestaba la señorita sueca que había encargado la despertaran a las ocho y media en punto».

Cerró Tresham su libreta.

—Hay modos de ahorcar que pueden indicar furor sádico, o ensañamiento vengativo. ¿Tienes indicios destacados, Malcolm?

—El balcón da a la fachada interior del patio. Pero no hay huellas de forzamiento. Debía ella dormir con la ventana entreabierta. La puesta estaba cerrada por dentro. Paddock tuvo que emplear la ganzúa para desalojar el cerrojo de la llave puesta por dentro.

—Esto casi elimina la participación directa de la que se fué a las cinco y media.

—Las dos alcobas tienen balcón, y una persona ágil puede ir de una a otra alcoba, salvando un breve trecho de cornisa.

—Cuanto antes comunica con la «Sureté» parisina, aunque es posible que allí Cinthya Sutton cambie de identidad. Es preciso primero obtener su descripción física.

—La tengo.

—Envíala al comisario Lefranc. Es chocante que Cinthya Sutton, sea lo que sea, fuera tan absurdamente cándida como para dejar tras sí una ahorcada y señalarnos detalladamente su viaje. Cerciórate primero si estaba en su sitio de pasajera cuando el avión levantó el vuelo.

CAPÍTULO III

No era gordo ni miope el hombre que mientras Cinthya Sutton pasaba por el control, vino a destocarse ante ella.

Alto, moreno, con breve barba negra, tenía un envaramiento orgulloso. Vestía sobriamente de azul. Unos treinta y cinco años. Su mirada era rectamente agresiva.

—Bienvenida, señorita. Soy el profesor Kleist.

Hizo un gesto seco hacia el portador.

—Lleve el equipaje al «Symca» azul.

Cinthya Sutton se sintió como una colegiala. Aquel hombre le recordaba a su austero y severamente imparcial maestro de matemáticas.

Y hablaba un inglés matemáticamente correcto. Demasiado gramatical, pero muy correcto.

—Espero que habrá tenido un viaje cómodo.

—¿Cómo ha sabido que era yo…? Perdón, la pregunta es necia. Debo parecerme mucho a la prometida de su pobre hermano.

—Mucho.

Ella entró en el coche, y observadora, se fijó en la meticulosa precisión con la que el moreno individuo realizaba lo que otro hubiera hecho con menos rigidez.

Parecía entrar en el coche, para ocupar su sitio al volante, por movimientos que eliminaban toda pérdida superflua.

—Posiblemente deseará desayunar. Iremos al «Hotel Graff». Está situado al exterior de la capital.

—Mildred me dijo que nos hospedaríamos en el «Crillon».

—Ruidoso y excesivamente transitado.

Conducía también dando la impresión de un mecanismo bien engrasado. Y hablaba con seca autoridad.

—Mildred la habrá puesto en antecedentes. Ruego, pues, tenga plena confianza en mí. Me congratula poder asegurar que nunca imaginé seríamos tan afortunados, Margaret.

—Perdón, pero me llamo Cinthya. Cinthya Sutton. ¿No se lo telegrafió Mildred?

—Me telegrafió simplemente que habiendo encontrado lo que precisábamos, esperase en el aeródromo a las nueve. La inscribiré en el «Graff» como Margaret Thompson.

—Pero…, esto es falso…

—Mi estimada señorita —y con precisión milimétrica torció el volante, rozando el guardabarros de un camión que acababa de surgir por una alameda lateral, continuando—: La prometida de mi hermano. Rolf se llamaba Margaret Thompson. Poseo su documentación, y no hay falsedad, ya que desde este momento lo único que importa es que para Rolf usted sea Margaret Thompson. Esta noche, cuando se reúna con nosotros Mildred, determinaremos si efectuamos el viaje a Zurich en mi coche o en avión.

Cinthya Sutton se acusó de imaginativa. ¿Por qué había de odiarla aquel adusto y autoritario suizo? Los ingleses y los suizos nunca habían sido enemigos…

Y, sin embargo, el «profesor Albert Kleist» o era un amargado, misógino o profesaba odio a las inglesas.

—Debo confesarle, profesor Kleist, que empiezo a arrepentirme de haber aceptado.

—¿Por qué?

—Es todo tan extraño, tan misterioso…

—Le suplico no desorbite la situación. Usted ha de ser vista por Rolf, y nada más. Ahora en el hotel, la dejaré, y como estoy seguro de que preferirá recorrer la capital y sus tiendas a solas, nos veremos a la hora de cenar.

Era antipático, profundamente antipático aquel profesor suizo. Pero la carretera de Versalles era esplendorosa y, con doscientas libras, París era propiedad hasta la noche de una dependienta de los «Almacenes Davies».

El «Hotel Graff» semejaba un palacio, y en su interior reinaba una quietud solemne.

—Lleven el libro registro a las habitaciones —dijo con su estilo de hombre acostumbrado a ser obedecido, el poco simpático

propietario del «Symca».

Otra «*suite*», y en su interior, en la segunda sala, explicó él:

—En la alcoba de dos camas, dormirán usted y Mildred. Aquélla es la mía. Desde este momento debe acostumbrarse a que nosotros tres nos alojemos familiarmente. Ésta es la documentación, y como puede ver, Margaret Thompson tenía una firma muy sencilla, facilísima de imitar.

—¿Es absolutamente necesario?

—Respondo de todo, ante quien sea. Mi fin es noble. Así sabrán interpretarlo cuantos conozcan el móvil por el que desde ahora es usted Margaret Thompson.

Cinthya firmó bajo los datos sacados del pasaporte de Margaret Thompson. Agradeció que se fuera el profesor Kleist. Para ella, y en espera de la llegada de la atractiva Mildred Rilke, el día iba a ser una deleitosa inmersión en el mar ignoto de las calles de París.

* * *

Gregor Stanley fué introduciendo en una cartera de piel las copias de todos los informes. Miró su reloj. Las tres de la tarde. Perdería el avión que se proponía tomar.

Tendría que esperar al de las ocho, pero no había más remedio. Le era imposible ponerse en camino sin haber recibido antes la respuesta al radiograma cifrado, dirigido al «Military Pólice» británico en Viena.

Se tendió sobre el diván de su despacho. Eran más de las seis, cuando le despertó Malcolm Tresham.

Presentaba un hoja en la que acababan de traducir la respuesta cifrada a la petición confidencial hecha al Servicio inglés en Viena.

—Léemelo, Malcolm. Me entero mejor escuchando que leyendo.

Malcolm Tresham obedeció, empleando un tono grave. Admiraba con fervor a la hermana del inspector Stanley, a éste, y a la «élite» policíaca inglesa, distribuida entre los Cuarteles Internacionales alemanes y austríacos.

> «Señas transmitidas corresponden:
> »Militza Rezke, de profesión bailarina clásica,

colaboracionista, amiga íntima del desaparecido “gauleiter” Werner Lukas.

»Según expediente fué vista en Hamburgo diciembre 44, acompañada oficial submarino Albert Kleiber, también desaparecido.

»Comuniquen pesquisas».

—Es gente hábil la que enviaron a Viena, ¿no, Malcolm?

—Mucho señor.

—Te llevo dos años. Estamos solos, y pronto, para bien o para mal, comeremos juntos la misma sopa. Vamos a ser ahora llanos y antirreglamentarios, Malcolm.

—Gracias, señor…, gracias, Gregor.

—Son muy hábiles estos turistas de Viena. «Comuniquen pesquisas». Una sueca que resulta no serlo, muerta. Y una inglesa, dependiente honorabilísima hasta esta noche pasada, que se esfuma, y a la que hasta el momento el inteligente y taimado Lefranc no ha localizado en París. Donde sin embargo aterrizó, siendo recibida por un hombre con barbita negra y un «Symca» azul. Y me envían a París en busca de Cinthya Sutton, a la que no encuentra el muy parisino Lefranc. En secreto te haré una confidencia, Malcolm. Me repelen estos asuntos donde hay mezcla de cenizas de guerra.

—El delito ha sido cometido en un hotel de Londres, señor.

—Es de lo único que estoy cierto, sargento Tresham. Pero podían haber encomendado las investigaciones a otro.

—Usted domina el francés, y es además el mejor investigador de la Brigada Social.

—Gracias, y te devuelvo el elogio. Eres inteligente, puesto que sabiendo que mi hermana me adora, me has conquistado primero a mí.

Malcolm Tresham sonrió, pero consideraba un defectillo aquella propensión del inspector Stanley a ser un humorista.

* * *

—Un día maravilloso, profesor. No lo olvidaré nunca.

Albert Kleiber se secó, los labios, y bebió un sorbo de agua. El camarero sirvió el segundo plato. Abandonó la sala de la «*suite*».

—Nunca había estado en París. Me era imposible, porque además de que mi situación económica no me lo permitía, en verano eran las playas inglesas las que me tentaban. Me hubiera gustado encontrar a Mildred. Nos hicimos amigas. Es simpática.

—Reconozco que no soy la mejor compañía para una joven británica en viaje de placer —sonrió Kleiber.

—Es curioso, profesor, pero me da usted la sensación de tenerme enemistad.

—Mi estimada señorita: usted es perfectamente deliciosa, pero no puedo olvidar que mi obsesión es presenciar cuanto antes la reacción de Rolf al verla.

—Hábleme de Rolf. ¿Reside siempre en Zurich?

—No. Su temperamento artístico le lleva a viajar por Italia, aunque donde hemos de encontrarnos es en Zurich.

—¿No viven ustedes dos juntos?

Albert Kleiber se abstuvo de contestar, porque entraba el camarero.

Cinthya Sutton no reiteró su pregunta. Había matices elocuentes en la expresión facial del «profesor».

Era ridículo, pero para ella un hombre que no fumaba, que bebía agua y que la miraba con frialdad y… asco, era un fenómeno.

Se sintió muy aliviada cuando, poniéndose en pie, anunció él:

—Tengo un libro interesante esperándome… Tan pronto llegue Mildred, avíseme. Buenas noches, y hasta luego, Margaret.

—Buenas noches.

Ser llamada por un nombre que no era el suyo, y por aquel individuo, le causaba desazón a Cinthya.

Pero aquella sala era un placer visual, y leer una revista de modas, esperando la llegada de Mildred Rilke, era como afianzarse en la sensación de ser otra, plenamente independiente, sin horario.

A las diez de la noche, Cinthya Sutton inquirió por teléfono las llegadas de avión desde Londres.

El gerente manifestó que el último servicio aéreo llegaba a la medianoche.

El día había sido ajetreado para la novel descubridora de las tiendas de París. Notificó que la despertaran tan pronto llegase

Mildred Rilke.

No supo si era en sueños o lo oía físicamente…, pero el mismo ritmo suave, tenuemente dulzón del vals vienés que había escuchado por vez primera la madrugada anterior en el hotel londinense, desgranó su cantarina melodía cercana…

CAPÍTULO IV

El comisario Henri Lefranc estrechó la mano del colega británico. Tenía el aspecto de un tendero endomingado, y la tez amarillenta no la debía a su hígado sino a su ascendencia corsa.

En opinión de sus superiores, «sabía latín y griego». En opinión de los aventureros de alto copete, aquel «canalla de Lefranc» tenía la franqueza de un zorro perseguido, aventajando al animal en astucia.

—Me encanta volverle a ver, Stanley. Practico mi pobre conocimiento del armonioso idioma de Churchill y renuevo mi admiración ante su figura. Con un inspector como usted, no habría mujeres mentirosas en la delincuencia parisina. Usted me va a preguntar: «¿Y qué hay de mi inglesita, Lefranc?». De momento, en aquel coche, le llevaré a mi despacho.

Gregor Stanley conocía el sistema aparentemente estúpido del comisario Lefranc. Prefirió en el coche, comentar:

—Le agradezco su atención al esperarme, comisario.

—No hace mucho que entró usted por Normandía.

—Y estaba usted en Londres, beneficiando con su talento a mis colegas de Scotland.

—Es usted espiritual y cálidamente, cordial, mi joven Stanley. Y vuelve usted a decir: «Tanta palabrería encubre una realidad, Lefranc. No has dado aun con la inglesita». Y debo contestar: «En efecto, tengo movilizados veinte finos sabuesos, desde las diez de la mañana, y he tenido que presentar excusas a cuatro señoritas, pero hasta ahora, Cinthya Sutton no me ha hecho el honor de confesarme por qué abandonó tan precipitada y poco lógicamente Londres». He leído con suma atención sus sucesivos telegramas, cada vez más apremiantes. ¿Ha robado la Corona Real su Cinthya?

—Traigo todo lo referente a las averiguaciones hechas hasta ahora. Poca cosa, pero si lee las copias de toda la información obtenida, juzgará como yo, urgente encontrar muerta o viva a Cinthya Sutton.

Henri Lefranc fue leyendo. A veces sacudía la cabeza como maravillado, otras chasqueaba la lengua como un catador de vinos…

El coche penetraba ya por el distrito de la capital donde tenía su sede la comisaría, cuando devolviendo la última copia, Lefranc miró, rientes los ojos saltones, a Gregor Stanley:

—Casos tan bonitos se dan poco por París. Una hermosa intrigante, azotada y suspendida por la bella garganta. Una música de vals. Una inglesita dependienta hasta las siete de ayer tarde, muy cerca del lugar del crimen, despierta o durmiendo. Será algo curioso oír las explicaciones del hombre del «Symca». No, no. Todavía no lo hemos encontrado. Usted preguntará: «¿Tan difícil es encontrar a un hombre con barbita negra y conduciendo un "Symca" azul?». Y yo contestaré: «En París habrá unos tres mil "Symca", y pongamos doscientos azules. Cuestión de barbas, la reciente calamidad bélica, ha hecho crecer muchas frondosidades capilares, porque resistentes, ex combatientes, emboscados y oficinistas, suponen tener así un aire verdaderamente marcial».

El coche se detuvo, y tras bajar, Lefranc enlazó el brazo de Gregor Stanley.

—En cuanto a asuntos de colaboracionistas, estamos simplemente empezando. Nos falta práctica. Felizmente, la policía se inhibe.

—Yo no pude inhibirme.

—¿Mataron a la hermosa vienesa en Londres, no? Si matasen a su inglesita en París, no podría tampoco desgraciadamente inhibirme. ¿Qué pasa, Charron?

Un individuo corpulento miró un instante con sospecha a Stanley. Había surgido de un despacho y en el corredor cerraba el paso.

—Es uno de mis fieles, inspector Stanley. Tiene la manía de poner la carreta delante de los caballos. Una teoría suya es: «Presentadme a un hombre y buscaré el crimen que ha cometido». Tengo un amigo escritor y le he brindado esta tesis. ¿Qué pasa,

Charron?

—El hotel «Graff», comisario. Está allí. La firma del libro registro es imitada. Ha firmado Margaret Thompson. Está durmiendo y el tipo de la barbita también. El «Symca» en el garaje. Azul. Tengo a Riton al acecho. Fué él quien dió con el «Graff» y allí espera, desde un buen observatorio.

—Precédeme volando, Charron. Coge tu moto. Te instalas ante la puerta y que Riton no pierda de vista las posibles salidas.

Roger Charron salió de estampía. Lefranc añadió:

—Es una suerte que usted sobreviviera al desembarco en Normandía. No necesita traducción. Ya tenemos a su inglesita. Resultaría paradójico que una honestísima inglesita se comportara como una casquivana francesita. El «Graff» acoge parejas en luna de miel más o menos legalizada. Celebro poder inhibirme tan pronto usted se enfrente con la inglesita que falsifica libros registros. No es delito de mi especialidad. Yo, desgraciadamente, sólo intervengo en cuestiones sangrientas, realizadas por extranjeros.

* * *

Cinthya Sutton dormía apaciblemente, casi con beatífico arrobo. Estaba acompañada por «Rolf», el apuesto modelo vivo de la fotografía, que la aconsejaba elegir el modelo azul.

Despertó sobresaltada, porque la luz invadía su alcoba… y dos hombres la miraban fijamente, uno a cada lado de la cama.

Lanzó un chillido, cubriéndose hasta el cuello con las sábanas.

—¡Fuera! Pero ¿qué atrevimiento es éste? —barbotó, indignada.

Lefranc estaba de mal humor. No podía «inhibirse». Gregor Stanley se volvió de espaldas, diciendo:

—Échese una bata encima, señorita Thompson. Este señor que va a volverse de espaldas… es el comisario Lefranc. Yo soy Gregor Stanley, inspector de Scotland. Queda, pues, advertida de la conveniencia de contestar lo mejor que sepa, señorita Thompson.

Cinthya Sutton, apretando el cinto de su bata, se sentó en el borde de la cama.

Dijo Stanley, yendo a un sillón:

—Usted tiene la preferencia, Lefranc.

Lefranc, sentándose, denegó con la cabeza.

En la otra habitación, separada de la alcoba por la sala comedor, había tres policías y un forense.

Cinthya Sutton, pese a la tibieza ambiental, sintió escalofríos. Musitó:

—Pero ¿qué he hecho yo, pobre de mí?

—Eso queremos saber, señorita Thompson.

—No me apellido así. Me llamo Sutton, Cinthya Sutton.

—No firmó así en el registro.

—¡Oh, ya me lo figuré que sería una complicación! Pero llamen al profesor Kleist, y él lo explicará todo. ¿No ha llegado aun Mildred?

Intervino Lefranc:

—¿Quién es el profesor Kleist, y quién es Mildred? Yo lo pregunto, porque usted contesta de un modo francamente convincente. Como si dijera la verdad.

—¡Y la digo! Pregúntenle al profesor Kleist… Pero no son modos ésos. Entrar así…

—Escuche, señorita Sutton, falta poco para la una de la madrugada, y cuanto antes terminemos con su interrogatorio, antes podremos dejarla tranquila. Excuse la pregunta. ¿Qué relaciones tenía usted con su vecino de alcoba?

—¡Es indigno lo que insinúa! Indigno, horriblemente indigno. El profesor Kleist me esperaba esta mañana en el aeródromo y me trajo aquí para esperar a la señorita Mildred Rilke. Dijo que en lo sucesivo tendríamos que alojarnos como una familia… eso es. Pero yo no quería firmar en falso. Me dijo el profesor que era necesario, porque de ahora en adelante… ¿Por qué no se lo preguntan a él?

—Porque estamos interrogándola a usted. Será mejor que empiece su historia desde un principio.

—No sé si debo revelar…

—Sí, mi niña, sí —dijo, suavemente, Lefranc—. Debe revelarlo.

Una suavidad de tono tan especial que provocó en Cinthya Sutton un afán de hablar con detallada exposición de los hechos desde que apareció Mildred Rilke, hasta que salió de su habitación del «Majestic».

—Un momento. ¿No percibió nada anormal en toda la noche de ayer? —interrogó Stanley.

—No… Nada… Bien, hacia las dos y media, oí una música

extraña. Un vals. Sería la radio, y volví a dormirme.

—¿Un vals? Ya… ¿Y esta noche no ha oído…?

—Sí, por cierto que he oído la misma música, exactamente la misma. Una melodía parecida a «Lorsque tout est finí»…

Lefranc se levantó, y aproximándose inquirió:

—¿No vió una silueta enteramente vestida de negro desde la cabeza a los pies, rondar por aquí?

—¡Oh, no! Hubiera gritado… Me hubiera parecido un fantasma.

Gregor Stanley suspiró, resumiendo:

—Eso es. Lo apuntaré. El Fantasma del Vals Vienés. Me parece que es asunto que incumbe al Servicio de Información de los Cuatro en Viena.

—Quizá. Explique ahora, *mademoiselle*, cuanto le dijo el profesor Kleist.

Escucharon los dos con atención la concreta explicación.

—¿Rolf? Una pista buena, Stanley. Militza y este personaje, querían que un tal Rolf, viera en Zurich a este encanto de cromo inglés. ¿Por qué? Averiguando quién es Rolf, el Fantasma del Vals Vienés irá tomando forma corpórea. Me agrada manifestarle, señorita Sutton, que gracias a que un agente llamado Riton vió una silueta negra hacer acrobacias en el balcón vecino, poco después de oír una musiquita extraña, se corrobora su sinceridad. La lástima es que Riton, al disponerse a saltar sobre la silueta del acróbata nocturno, recibió un magnífico puñetazo, y el caso que hubiera podido terminar si Riton hubiera poseído una mandíbula más sólida, se agrava en su continuación. Ya somos dos los complicados. Mi colega el inspector Stanley y yo. Y es difícil capturar a un verdugo que fustiga a los compases de un vals vienés.

—Pero, señores, ¿por qué no está aquí Mildred?

—Se llamaba Militza Rilke, y murió ahorcada, al igual que el profesor Kleist…

—Que puede muy bien llamarse Kleiber, ¿no? —masculló Lefranc, dirigiéndose a la otra alcoba.

Cinthya Sutton cerró los párpados. La romántica aventura adquiría un tenebroso cariz…

* * *

—Las coincidencias son las siguientes: de dos y cuarto a dos y media de la madrugada, unos compases de vals. Horca y látigo. Señales de mordaza, aplicada para impedir los gritos mientras funciona el látigo. Militza Rezke y Albert Kleiber con nuevas identidades, necesitan una inglesa que pase por Margaret Thompson, ante los ojos de un tal Rolf. ¿Quién era Margaret Thompson? ¿Quién es Rolf? Y tanto en Londres como en París, la misma firma. Unos compases de vals, látigo y horca. Hemos de trabajar juntos, Stanley, sobre estas premisas. Iremos, pues, a Zurich, y llevaremos a Margaret Thompson. Ya sé que Cinthya preguntará: «¿Con qué derecho me emplean para su farsa?». Invocaremos la moral, el fatal y afortunado aforismo de que todo criminal cae en manos de la justicia y que el llamado Rolf nos puede dar la clave de todo este misterio.

—Hay un inconveniente, Lefranc. Rolf esperaba ver a Margaret Thompson, pero en compañía de Militza y Kleiber.

—Los métodos antiquísimos del disfraz siguen estando de moda. Una rubia carnosa, la encontraremos fácilmente empezando por el «Folies», y terminando en el último de los «bocsons» de Saint-Denis. En cuanto a un profesor Kleist, mi joven amigo… tengo montones de agentes de la circulación, que con una barbita negra y con corsé, serán magníficos Kleist.

—Rolf se dará cuenta.

—Cuando ellos hablen, tal vez. Pero ya estará a nuestro alcance. Ahora le basta convencer a Cinthya de que debe facilitarnos la tarea, porqué de momento está comprometida, mientras no atrapemos al verdadero autor, que creo lo conoceremos cuando nos pueda explicar Rolf en qué consiste todo este folletín del vals, la horca y el látigo.

CAPÍTULO V

Muy cerca estaba el que había sido luminoso y risueño Prater, corazón florido de Viena. Pero aquélla callejuela, rezumando humedad y pobreza, siempre había tenido aquel aspecto.

El sol nunca besaba sus fachadas, porque a la estrechez de la calle se unía el obstáculo de las altas edificaciones circundantes.

Antigua sede de artesanos, que fueron transmitiéndose de generación en generación, el oficio cultivado con amor, malvivían en su mayor parte, pretendiendo continuar artesanías desplazadas, tales como la construcción de cajas de música.

Una de estas tiendas taller no quiso hacer como las demás, que para defenderse vendían instrumentos modernos y discos.

La tienda que persistía en exponer afiligranadas cajitas, era visitada raramente por algún coleccionista de objetos raros.

La regentaba un vienés medio ciego, enamorado de su arte. Ignoraba que si sobrevivía, no se debía a cajas de música vendidas, sino a la piadosa mentira de su hija, que de vez en cuando hacía desaparecer una de las obras en que consumía meses el artesano.

La escondía en su propia alcoba, y entregaba a su padre una cantidad, que decía ser importe de la venta. Era, en realidad, producto de las tres horas en que ella, Lil Grover, cerrando la tienda, decía que iba a distraerse un poco, con el beneplácito y hasta consejo paternal.

Tres horas en que daba lecciones de gusto artístico, interpretando música selecta al piano de una orquesta femenina que amenizaba el aperitivo nocturno y cena de un elegante restaurante.

Un restaurante al que solía acudir con frecuencia el personal diplomático y oficialidad de las cuatro potencias ocupantes.

Lil Grover no era bonita, y que un hombre se fijare en ella, era

verdaderamente excepcional.

Aquella noche, faltando media hora para terminar su actuación, empezó a sentirse desasosegada. No podía ya dudarlo. Aquel hombre que cenaba solitario, muy cerca del estrado, la miraba de vez en cuando.

A ella. No miraba a la rubia y vaporosa Maryan, ni a la morena y picaresca Liuba.

Era a ella. De un modo difícil de precisar. Inquisitivo, como si tratara de penetrar en su alma.

Podía ser exceso de imaginación, porque era sensitiva, pero aquel hombre poseía la mirada que las novelas definían como «taladrante y acerada».

Era un hombre en la fuerza de su edad. Unos cuarenta años y tenía el atractivo descrito en el vals de acordeones, favorito de Liuba:

> «Un seductor de sienes grises».

Pero no miraba como un seductor, sino analíticamente. Y ella, entre pausa y pausa, trató de analizar también.

Veía a un hombre vestido correctamente, pero sin la fácil elegancia del mundano. Un traje azul obscuro, cruzado, camisa blanca de cuello duro, corbata gris lisa.

Las manos eran sólidas, y ésta era también la impresión que daba su persona. Solidez, sin flexibilidad.

Los cabellos negros y rizosos, se veteaban de blanco en las sienes. Los ojos verde obscuros le producían a ella la sensación de carecer de humano calor.

El rostro, regular de facciones, nada denotaba. Si acaso, frialdad aburrida.

El camarero que atendía su mesa, extremaba la profesional cortesía. El desconocido comía con indiferencia, como quien cumple un rito forzosamente necesario.

A las diez, la orquesta femenina era substituida por el dinamismo ruidoso de un conjunto, norteamericano.

En el vestuario, cambiándose de ropa, estuvo Lil Grover tentada de preguntar si alguna de sus compañeras conocía a aquel inquisitivo mirón.

Temió la fácil burla de Liuba, y guardó para sí la novedad que suponía que un hombre se fijara en ella.

Tuvo sueños extraños, y cuando a la mañana siguiente hizo funcionar la corredera exterior, sintió toda su sangre agolpársele en veloces repiques de sienes y corazón.

En la acera, contemplando el escaparate, estaba el solitario comensal de la noche anterior.

Llevaba un abrigo con pieles al cuello, un bastón de redondo puño blanco y un sombrero gris de alas levantadas.

Lil Grover regresó a su taburete, presintiendo que algo iba a cambiar en su existencia.

El individuo entraba. Abrió y cerró la puerta con ademanes precisos. Colocándose el bastón bajo la asila izquierda, se quitó los guantes grises, que echó dentro de su sombrero, dejándolo sobre el mostrador.

Su voz era metálicamente monótona. El acento era «de fuera».

—Buenos días, señora. He estado admirando las tres cajitas expuestas. Como no soy muy experto, le quedaría sobremanera agradecido si me concediera benevolencia y no considerase indiscretas mis preguntas.

A los treinta y ocho años, Lil Grover poseía el suficiente dominio de los impulsos de su alma adolescente. Su rostro ingrato, no exteriorizaba su agitación íntima. Contestó amablemente:

—Son naturales cuantas preguntas quiera hacer, señor, porque tanto el profano como el entendido, desean cerciorarse bien de la calidad.

—Tengo averiguado que la tienda de Grover es considerada como de las mejores entre los especialistas en la construcción de estos curiosos artefactos.

Algo ofendió a Lil Grover, y no era el tono metálico y fríamente inquisitivo, sino el haber calificado de tan despectiva manera a las pacientes e ingeniosas obras artísticas en las que era maestro Rudolf Grover.

—Son artefactos, señor, que los Grover han ido perfeccionando desde el año 1678.

—Por lo tanto, el año 1944 usted misma atendía el establecimiento.

—En efecto, señor.

—Guardan seguramente documentación de las ventas, supongo.

—No.

—Juzgará rara mi demanda, pero tengo sumo interés en averiguar a quién fué vendida cierta caja de música. Tiene que ser una caja de música de escaso volumen, fácilmente transportable y que por un procedimiento u otro emite los compases de un lánguido y dulzón vals. No soy muy buen músico.

Con serio semblante, sin estar cohibido en absoluto, el forastero no silbó ni vocalizó. Dientes cerrados y sin sonrisa sus labios, produjo con la garganta una modulación bastante entonada.

Eran compases de un vals, levemente melancólico en su «*leitmotiv*» que llegaba a ser obsesionante.

Lil Grover palideció, esfumada su pretensión de haber podido suscitar por ella misma interés a ningún hombre. ¡Qué necia había sido, al no haber adivinado en aquel hombre uno de los tantos y numerosos investigadores! Tanto daba que perteneciera al «D. B.» francés, como al
«M. V. D.»
ruso…

—No siga, señor. Creo que mi padre podrá atenderle con más precisión.

—Un momento, señora. Usted anoche me vió en el «Koenigs», y no ignorará que allí se fraguan mil pequeñas intrigas. No hago alusión a las aventuras y amoríos, sino a intrigas de matiz más grave. Al oír usted el vals, sus buenos colores han desaparecido. Quiero advertirle amistosamente, que lo que ahora pretenda ocultar, la perjudicará después.

—Nada tengo que ocultar.

—¿Por qué, entonces, la musiquilla esa, le produjo impresión?

—Sus preguntas se apartan por completo de mis menesteres.

—No opine así, señora. Van estrechamente unidas. Resulta extraño verla, aquí tan modosita y de siete a diez, teclear en un lugar de intrigas como el «Koenigs». No quisiera que después saliera a relucir una relación entre la musiquilla que nació en 1944, y su presencia desde el año 43, exactamente desde la inauguración del local, en el «Koenigs», antes y ahora, lugar de intrigas.

—¿Me permite saber con qué autoridad se inmiscuye en mi vida?

—Con ninguna autoridad, por el momento. Me limito a sondear en un tenebroso asunto, anticipándole amistosamente, que si estuviera usted mezclada en él, más le valdría…

—Sus amistosas advertencias carecen de real amistad. ¿Puedo saber quién es usted?

Pausadamente, el preguntón extrajo una carterita. La conocía Lil Grover. Llevaba en su cubierta, cuatro banderas. Pertenecía a la llamada «Policía Internacional de los Cuatro».

Y en cuatro idiomas estaba redactada la identidad. Ella sólo leyó:

«Ilia Razin».
Agregado civil
«M. V. D.».

—Puede seguir preguntando, comisario.

—Por favor, dejémoslo en «agregado» Razin.

Tanto la amabilidad como la ironía del inspector Razin, tenían la compacta frigidez de un sólido bloque helado.

—Antes de llamar a mi padre, quiero que sepa, agregado Razin, que él ignora que voy de siete a diez al «Koenigs». Me supone con amigas, en el cine, paseando, en fin…

—¿Motivos de este disimulo familiar?

—El dinero que cada semana cobro, me deja… me permite que mi padre viva en la creencia de que su trabajo basta para…

—Bien. No tiene por qué avergonzarse de ser una hija sensible. Tal vez no sea preciso que venga su padre. ¿Cuándo y a quién fué vendida la caja que cito?

La impresión que Ilia Razin daba, era la de un hombre ajeno a todo error. Por eso mismo, ella se sintió muy vienesa, quizá un poco rencorosa, por la renovada herida de su desilusión.

—El vals que usted interpretó bastante afinadamente, agregado Razin, es una composición que mi padre engranó en cerca de un centenar de cajas de música.

—Pero este centenar de cajas no serían todas idénticas en contextura exterior. La tienda de Grover es de artesanos, no de fabricantes en serie.

—Gracias. ¿Sabe usted la fecha aproximada en que se vendió la caja que le interesa?

—Si lo supiera, no estaría perdiendo mi tiempo con preguntas a una señorita que se supone irónica. Tenga la bondad de avisar inmediatamente a su padre.

—Al instante, y con sumo gusto, agregado Razin.

Ella se dirigió a la trastienda, desapareciendo en ella, tras alzar una cortina.

Los zapatos con suela de goma de Ilia Razin no produjeron más que un leve susurro al acercarse, y detenerse rozando la cortina. Oyó:

—Un policía ruso, papá.

Se oyó el rumor de una silla, y una voz cansina, replicando:

—Otro más. Seguramente, con las mismas preguntas estúpidas que los otros tres.

—¿Qué otros tres, papá?

—No estabas en la tienda, hija. Vinieron ya anochecido.

Ilia Razin se apartó, al irse aproximando a la cortina el
«flip-flap»
de unas zapatillas.

Rudolf Grover, caladas las gruesas gafas, calvo, tenía la expresión ausente del taciturno amante de la soledad.

—Buenos días, y usted dirá, señor.

—Como ha dicho su hija, soy un policía ruso. Y vengo a hacerle unas preguntas que espero serán menos estúpidas que las de los otros tres que me precedieron.

Grover miraba con evidente curiosidad al agregado de la
«M. V. D.».
Lo hacía con tranquilo descaro inofensivo.

—¿Y bien, Grover? ¿A qué espera para contestarme?

—Son ustedes una raza nueva, desconocida, misteriosa, señor. Yo conocí a rusos. Les gustaba mucho la música, la buena música.

—Me gusta, y trato de entenderla.

—Lo celebro. Eran ellos muy simpáticos. Algo locos, despilfarradores, crueles pero sin verdadera maldad, y tan pronto lloraban como se ahogaban a carcajadas. Muy agradables.

—Esto pertenece a la historia antigua. Deseo advertirle, Grover, que mi visita es puramente amistosa. No la convierta en profesional.

—¿Usted es de la nueva raza? No, no… Exactamente lo mismo que acaba de decirme, me dijeron los otros tres. O será que el método en su principio es el mismo.

—Pasemos a los tres.

—El primero me visitó anteanoche, hacia las nueve. Un inglés. Secamente cortes. El segundo, ayer a las siete y media de la tarde. Un francés. Exuberante, campechano. El tercero, también ayer, pero a las nueve y minutos. Un norteamericano. Hoy, usted. Y tendré que decirle lo que les dije a ellos tres. Nunca me ha interesado en absoluto la política.

—Ni a mí —dijo, adustamente, Razin—. ¿Por qué alude a política, si yo pregunto por una caja de música?

—El inglés, teniente de la policía militar, quiso saber si fue una hermosa bailarina vienesa «pronazi» la que adquirió en octubre del 44, una cajita con el preludio de «Liebenlei».

—¿Preguntó el inglés precisamente por el preludio?

—No. Esto lo dije yo. Él no sabía exactamente qué parte del vals. El francés, me insinuó que debía ser un capitán submarinista alemán el que la compró. Y el norteamericano afirmó que sabía que se trataba de un «pronazi» austríaco, un coronel, el que adquirió en octubre del 44, la cajita con «Liebenlei». Bueno, en realidad, ninguno de los tres citó «Liebenlei», pero sí el mes de octubre del año último. ¿Qué va usted a preguntarme?

—¿Quién realizó la venta de la cajita con «Liebenlei»? ¿Usted, o su hija?

—Los dos intervenimos, porque Lil atendió la demanda y después yo construí las cajas a petición del demandante.

—¿Las cajas?

—Sí. Cuatro cajas. Idénticas en contenido, porque al levantar la tapa, daban las notas del «Liebenlei» sobre el mismo ritmo y compás de ejecución. Las vendí a una sola persona. Las cajitas eran idénticas en tamaño, que las hacía aptas para ser llevadas en un bolsillo o bolso.

—Su manera de informarme es clara, Grover. Le felicito. Prosiga.

—Poco queda. Las cajitas tenían tan sólo una variante entre sí. Contenían en conjunto, las cuatro, el vals completo. Pero por separado, una tocaba el preludio, la otra el «*leitmotiv*», la tercera, el

«allegro», la cuarta, lo que vulgarmente llamamos el «refrito», o sea, en «scherzo» el vals.

—¿Quién era el comprador?

—Recuerdo perfectamente al comprador, porque era un caballero realmente apuesto. Un poco más alto que usted, cabellos castaño obscuro, ojos azules, aspecto de artista, pero sin blanduras. Un caballero fuerte, sin pesadez corpulenta. Como una fina espada, si me hago comprender. Por ejemplo, y aunque las comparaciones son odiosas, usted causa el efecto de un estoque. Aquel caballero, muy entendido en música, daba la impresión de un fino florete.

—¿Se llamaba?

—No me lo dijo, ni tenía yo por qué preguntárselo. Pagó las cuatro cajitas cuando quedaron a su gusto, se marchó y no he vuelto a verle más.

—Dijo antes que el comprador era entendido en música.

—Sí. Me hizo introducir una leve variación en cada uno de los cuatro temas. Muy leve e imperceptible para un oído profano. Un técnico la reconocería. Una disonancia que no afecta al curso de la melodía, pero la quiebra, en contra de la voluntad del compositor. Y ahora, señor, ¿qué más?

—Quisiera que usted viniera conmigo, Grover. Le pagaré la molestia. Tenemos indicios de dónde puede hallarse este comprador de cajitas de música. Le han visto por el Sur de Italia y en Suiza. Pero abundan los individuos con el aspecto que usted describe.

—Yo no puedo desplazarme. Soy miope, reumático, y detesto moverme. Puedo cerrar la tienda, en ausencia de Lil. Tú deberías hacer este viaje, hija. Te instruiría y aprenderías mucho, aunque sólo viajes unos días, en compañía de un ruso de los nuevos.

—No me produce satisfacción la idea de viajar con un policía, para identificar a un hombre.

—Señor Grover, le quedaré reconocido si viene conmigo hasta el palacio de Palavicini.

—Es la sede y cuartel general de las cuatro Potencias, ¿no? Me interesará. ¿Y para qué tengo que ir allá, señor?

—Usted me indicará quiénes fueron sus visitantes de anteanoche y ayer. El francés, el inglés y el americano. Me llevaré esta cajita, Lil.

El ruso sonrió, cogiendo una miniatura. Preguntó:

—¿Qué le debo, Lil?

—Cien coronas, agregado Razin.

Razin, pausadamente, extrajo de su cartera un billete y de mil.

—Voy a calzarme y recoger abrigo y sombrero, señor.

Se fué Grover, y Lil, con el billete en la mano, dijo:

—No tengo cambio, agregado Razin.

—Ni se lo he pedido, Lil.

—Tiene usted la delicadeza de un elefante en una tienda de porcelanas, Ilia Razin.

—No pretendo ser un florete. Y considero económico pagar novecientas coronas, para ir aprendiendo este pasatiempo pernicioso que es la ironía. Conocer las debilidades ajenas nos robustece.

—¿Desprecia mucho las coronas, Ilia Razin?

—Por favor, alusiones políticas, no. Es una epidemia. Todos los que hablan conmigo, se consideran obligados a lanzarme globos de ensayo, a ver cómo respondo. Yo soy simplemente un policía, agregado al organismo internacional en Viena.

Regresaba Rudolf Grover. Envolviéndose en la bufanda, dijo:

—Te convendría un viajecito, niña. Pese a todo, el señor agregado es un caballero.

—No ofendas a Ilia Razin, papá. Los caballeros rusos pertenecen a la historia antigua.

El ruso torció la boca, en mueca despectiva.

Lil Grover se quedó contenta. Sabía herir al que se empeñaba en aparecer como insensible.

En el palacio de Palavicini, Grover trataba de ver lo más posible. Era infantil su curiosidad ante el ajetreo constante de subidas y bajadas de uniformados de las cuatro naciones ocupantes.

En un despacho pequeño, Ilia Razin despidió con un gesto a dos uniformados. Se acercó a un estrecho y alto armario. Extrajo el archivo y explicó:

—Son las fichas de todos los agentes internacionales. ¿Recuerda cómo era el inglés?

—Pecoso, moreno, flaco, de mediana edad, con lentes azules.

Ilia Razin hizo correr varias cartulinas, y sacó una. La mostró. Una foto grabada, y numerosas mayúsculas en cifrado.

Grover se inclinó, casi pegado el rostro a la cartulina.

—Sí. Era éste.
—Teniente Hutchinson.
Hizo correr las fichas de otro cajón, preguntando:
—¿El francés?
—Gordo, cabello canoso, nariz chata…
—Comandante Tarride. Éste, ¿verdad?
—Sí. Era éste.
—Vamos al yanqui. ¿Cómo era?
—Joven, unos treinta años, masticaba como una vaca, y destrozaba descaradamente el alemán, gangoso como una gárgola. Rubio, de ojos claros, con una cicatriz en la mejilla…
Ilia Razin se detuvo en su manipulación.
—¿Qué uniforme llevaba?
—Una americana gris, un jersey azul, pantalones grises y una corbata chillona.
—¿Qué credencial le enseñó?
—Ninguna. Me dijo que era de la policía militar norteamericana.
—Vea con calma todas estas fichas, una tras otra. Fíjese bien. Vuelvo en seguida.
Ilia Razin se asomó al pasillo. Llamó a un policía ruso.
—Pida al capitán Rubanov que me telefonee al despacho.
Volvió a entrar. Se sentó, mientras Grover, recorriendo fichas, decía:
—Éste, no, ni éste, tampoco este…
Sonó el teléfono, y Razin lo cogió:
—Agregado Razin, capitán Rubanov. Me interesa la filiación de un norteamericano, joven, unos treinta años, rubio de ojos claros, con una cicatriz en la mejilla.
Grover regresó junto a la mesa.
—No está en las fotos.
—¿En qué mejilla la cicatriz, Grover? —preguntó Razin, tapando con la diestra la boquilla.
—Estaba delante mío…, La mejilla derecha.
—La mejilla derecha, capitán Rubanov.
Esperó un instante, y replicó:
—Sí, es posible que sea un periodista, porque siguió los pasos del teniente Hutchinson y del comandante Tarride, anticipándose a mis pesquisas. Gracias, capitán Rubanov.

Colgó Razin.

—Siéntese, Grover. Dentro de unos instantes, verá otras fotos. ¿Le produce mucho su negocio?

—No es un negocio. No lo comprendería…

Llamaron a la puerta, y entró un soldado llevando una carpeta.

—El capitán Rubanov ha extendido copia para usted, agregado Razin. Tenga la amabilidad de firmar el recibo.

Firmó Razin, y el soldado se apartó unos pasos. Abrió Razin la carpeta, miró y tendió la hoja con una foto adherida con un clip.

—¿Era éste su policía americano, Grover?

—Este mismo. Descarado, con aspecto de perdonavidas. Este mismo.

En la carpeta había un duplicado. El original. Lo devolvió Razin, con la carpeta.

El soldado se marchó.

—Bien, Grover. Este policía americano, es en realidad un peligroso desertor de infantería, llamado Carey Flaherty. No acabo de entender qué interés puede tener este aprendiz de «gangster» en las cajas de música.

—Ni me importa.

—Un momento, no se vaya, Grover. Tenga la bondad de mirar estas fotografías.

—Empiezo a tener la vista turbia.

—Serán las últimas. Ésta… ¿Es su caballero florete?

—No.

—¿Ésta?

—Tampoco.

—¿Ésta?

—Menos.

—¿No conoce a ninguno de estos tres?

—Me parece que salían mucho en los periódicos durante la guerra, pero no les conocí, ni nunca vinieron a comprarme nada.

—¿Ésta?

—Tampoco.

—¿No quiere reconocer a su artista comprador?

—¿Por qué había de negarme? Yo quiero paz y que no me molesten los preguntones. ¿Hay más fotografías?

—Le he enseñado las fotografías de Himmler, de Rommel, del

coronel Werner Lukas, y del capitán Albert Kleiber.

—Ninguno de estos cuatro vino a comprarme nada.

—¿Seguro?

Ilia Razin empujó un poco más hacia Grover las fotografías de Kleiber y Werner Lukas.

—Este coronel es guapo, ojos azules, cabello castaño obscuro.

—Tiene un vago parecido con el comprador, pero no es él. Lo afirmo.

—Vaya… Admite un vago parecido, ¿no? Gracias, Grover. Volveré por su nido mañana, a más tardar. Permítame ofrecerle este obsequio.

Tendió una cajita plana, y la cogió Grover.

—Cuelgue el contenido en su escaparate, y venderá más cajas de las que pueda fabricar.

Grover abrió la caja, acercó a sus gafas el contenido, y volvió a colocar caja y marco con retrato sobre la mesa.

—Hemos quedado en que usted y yo execramos la política, agregado. Adiós.

Salió Grover y, en ruso, Razin desde la puerta conminó:

—Acompañe a este buen hombre hasta su casa en coche, sargento Vassili.

Regresó al interior del despacho, y volvió a introducir en su cajita la foto de Stalin.

Fué leyendo la ficha correspondiente al desertor Carey Flaherty. Lo buscaban las cuatro policías internacionales. Con las cuatro estaba en deuda.

Sin llamar entró un hombre, y Razin saltó en pie, erguido, militarmente respetuoso.

El capitán Rubanov, grueso, de cara abotargada, ojillos inquietos, hablaba como si le costara despegar los dientes:

—Salvo nuestro aliado americano, el francés y el inglés han ordenado a sus agregaciones civiles en Londres y París, la inmediata captura de un desconocido que mató en Londres a la austríaca Militza Rezke y en París al ex nazi Kleiber. ¿Qué sabe usted de todo esto, Razin?

—En octubre del 44, un dragaminas alemán, al mando accidental del capitán Kleiber, sondeaba la costa entre Nietwolk y Bromen. Llevaba a bordo un paisano. Recogieron una caja pasada

con red. Un agente nuestro vió cómo el paisano, en una lancha, escapaba del dragaminas… siéndole facilitada la evasión por el propio capitán. Y tuvieron un extraño modo de despedirse. Sonaron unos compases de música de una cajita que abrió el paisano, y contestó al poco el capitán con otra cajita. Consta por escrito, y dormía en los archivos, hasta que hace diez días, en el poblado italiano de Barletta, un agente nuestro oyó la misma musiquilla preceder en muy poco a la explosión de la bomba que destruyó, a las dos y veinte de la madrugada, un hermoso chalet playero propiedad de Militza Rezke. Se me ordenó estableciera conexión entre lo sucedido a bordo de un dragaminas a fines de octubre del 44 y la explosión de la bomba en el poblado de Barletta, hace diez días.

—¿Por qué el chalet destruido interesaba al agente?

—Militza Rezke había aceptado entrar a nuestro servicio, capitán Rubanov. Ha muerto en Londres. Tenía en Viena un amante, el coronel Werner Lukas, desaparecido. Le busco, y le encontraré. Le han visto en Zurich. Le vieron también en Barletta.

—El servicio francés ha cursado orden a un comisario llamado Lefranc de trasladarse a Zurich. El servicio inglés ha cursado la misma orden a un inspector llamado Stanley. Usted irá a Zurich, y se valdrá de cuanto sepan y hayan averiguado nuestros dos aliados. La intromisión en este asunto del desertor americano Carey Flaherty indica que nuestro servicio está en lo cierto. Kleiber, Werner Lukas y Militza Rezke amasaron un tesoro. Encuéntrelo, Razin. Es propiedad nuestra, aunque lo mismo pretenderán nuestros aliados. Actúe aparentemente como colaborador, pero los frutos han de ser recogidos únicamente por nosotros. Le saludo, agregado Razin.

—Le saludo, capitán Rubanov.

A solas, Razin fué transcribiendo, como un colegial aplicado, en una libreta todo lo referente al complicado urdimbre que nació con unos compases de vals a bordo de un dragaminas, y revivía en el instante anterior a que una bomba destrozara un chalet playero propiedad de Militza Rezke, en un sonriente poblado italiano.

Capítulo VI

Flanqueada al norte por la líquida frontera alemana del Rhin, la amplia autopista suiza daba a los viajeros procedentes de Francia su primer atisbo de excepcionales panoramas.

Atrás quedaba la puerta de acceso francés, Basilea, y la autopista que seguiría hacia el sur, a partir del cosmopolita Badén, en dirección a Zurich, permitía al «Symca» azul desarrollar con seguridad una velocidad máxima.

—Un experto volante ese Fernand —aseguró el comisario Lefranc.

Estaba optimista después del excelente almuerzo verificado en Basilea.

En el asiento delantero conducía Fernand Moulard, agente primera. Tenía la ambición de demostrar que era digno del elogio de Lefranc al presentarlo como un «Frégoli» transformista al servicio de la Ley.

Su barbita negra era fiel imitación de la que ornaba el rostro del ahorcado Kleiber. Las ropas de Kleiber le ajustaban, y procuraba mantenerse erguido, dando a sus gestos la precisión que definió Cinthya Sutton.

Al lado del conductor, una actriz de segundo orden, cuyo sombrerito con velo era un aplique adecuado, había sabido maquillarse con acierto.

Le causaba a Cinthya Sutton desasosiego mirar a aquellas dos reproducciones de dos personas asesinadas. No podía ensimismarse del todo en el goce de la contemplación del paisaje.

Sentada entre Lefranc y Stanley, de vez en cuando la sobresaltaba alguna que otra expresión de los comentarios entre los dos policías.

Comprendía que el oficio les hacía insensibles, pero ella tenía los nervios tensos.

—En Wetingen, cambiaremos de locomoción usted y yo, Stanley. La señorita preguntará: «¿Por qué no siguen con nosotros tres hasta Zurich, si desde Wetingen a Zurich hay apenas sesenta kilómetros?». Y yo contestaré: «El "Symca" azul entrará en Zurich solamente con Militza, el profesor Kleist y Margaret».

—Cinthya lo ha comprendido —aseveró Stanley—. Hay un misterioso Rolf que, por motivos que desconocemos y para cuya averiguación realizamos este viaje, debía reunirse en Zurich con Militza, Kleiber y Margaret Thompson. ¿Dónde, en qué lugar de Zurich? Estoy de acuerdo con el comisario en que las grandes terrazas del «Bellerive» sobre el lago zuriquense, siendo algo así como el Piccadilly Circus de Zurich, son las más apropiadas para atraer la atención de Rolf. Fué una lástima que desapareciera el portarretratos que le enseñó Militza.

—Pero la señorita sabrá en el acto identificar a Rolf. Y no tendrá miedo, porque Rolf amaba a Margaret… y además lleva usted la protección permanente y visible de Fernand, y la nuestra, oculta, pero que será eficazmente propicia.

—Yo no les he preguntado aun qué debo hacer… en el caso de que aparezca el hombre de la foto.

—Seguirle la corriente, oírle, y tener siempre presente que no le puede suceder ningún daño, puesto que estamos nosotros vigilando.

—Del mismo modo que falsearon su identidad, pudieron ellos inventar la supuesta alteración mental de Rolf.

—Le ofrecieron a usted una cantidad crecida, porque la consideraban esencial en esta cita. No debe preocuparse, porque todo saldrá a la medida de nuestros deseos. El inspector y yo les precederemos instalándonos en el «Edén», vecino al «Bellerive». Es también el lugar que nos han especificado como punto de reunión con el agregado ruso. Tengo verdadera curiosidad por estudiar la psicología del agregado Ilia Razin.

* * *

—A veces tengo la impresión de ser una especialidad poco común de la fauna humana. Soy un hombre tan normal como los

demás. Hágame el favor de no ponerlo en duda, Lil.

—No ha de conceder tanta importancia a mi pobre opinión, agregado Razin. Soy una débil y vulgar pianista, y usted es un superhombre.

Ilia Razin se encogió de hombros, exasperado. Miró por la ventanilla. El «Rayo de Plata» Viena-Zurich llegaría pronto al puente fronterizo sobre el Rhin, al poblado pintoresco de Buch, mitad austríaco mitad suizo.

El compartimiento para dos, transformable a voluntad en dos literas, separadas honestamente por tupido cortinaje, tenía todas las comodidades apetecibles, ingeniosamente distribuidas en el mínimo espacio.

Al principio del viaje, Ilia Razin había estado seco y distante. A medida que el «Rayo de Plata» se aproximaba vertiginosamente a la frontera suiza, pareció tener deseos de ser comunicativo.

Pero Lil Grover se complacía en exasperarle. Y expuso el motivo:

—En realidad, agregado Razin, usted por mi mediación quiere apresar a un hombre, cuyo delito fué demostrar gusto artístico. Me lleva como el ciego lleva un perrito.

—Ignoraba que usted considerase demostración de gusto artístico arrojar bombas, destruyendo un bonito chalet playero, que éste ha sido el último acto de su artista.

—¿Arrojar bombas? Me suena este método, Ilia Razin.

—Por favor, nada de alusiones políticas, Lil. Tengo que estar constantemente haciendo constar que ingresó en el cuerpo policial soviético como huérfano, y siempre me han mantenido en un solo trabajo: descubrir el delito, y nunca se me ha preguntado mi opinión, porque nadie la precisaba.

—¿Tiene usted opiniones, agregado Razin?

—Una sola, fija y sólidamente arraigada. Soy un investigador, y nada más.

—Si le han enviado a Viena, y ahora viaja hacia Suiza, es porque goza usted de la plena confianza del gobierno soviético.

—Hablo alemán, inglés y francés. Estamos llegando a Buch, y después de cenar le sentará bien un descanso. Mañana, hacia las ocho, estaremos en Zurich. He de reunirme con dos colegas en el hotel «Edén».

—Bello apelativo.

—Tome esta guía, y elija alojamiento cercano. Su misión es sencilla. Recorrer la ciudad, hasta que reconozca al artista comprador de las cajas de música.

—Los dos colegas con los que se reúne en el «Edén» ¿son también superhombres?

—Un comisario francés y un inspector inglés. Ellos también buscan al artista, y no sé hasta qué punto poseen pistas. ¡Adelante!

A la llamada en la puerta del compartimiento, siguió la irrupción de dos aduaneros. Mostró Razin su cartera de identidad, y la licencia internacional para pase de fronteras extendida a nombre de Lil Grover.

Los aduaneros, devolviendo las dos documentaciones, dijeron ritualmente:

—Gracias. Feliz viaje.

A solas, comentó Lil Grover:

—Feliz viaje… Suena bien, Ilia Razin —y entreabriendo una ventanilla, aspiró un instante el fresco aire nocturno—. Adoro Viena, pero aquí parece como si el aire se purificara.

—Tengo entendido que el clima suizo es de primera clase. Un oxígeno rico y desinfectado —fué diciendo Razin, sin el menor humorismo—. Los pobladores de Suiza son industriosos, pero carecen de impulsos vitales. Hasta hoy han vivido aislados entre las naturales murallas de su terreno…

—Y por eso el oxígeno es rico y desinfectado —rió Lil Grover—. Lo siento, Razin, pero me produce usted, más pena que rencor.

—No sé por qué tengo que inspirarle ni pena ni rencor.

—Me causa usted el efecto de un mecanismo, hasta comiendo. No da una impresión de vivir, de sacar partido de los goces de la existencia.

—Bobadas. Pero no quiero quitarle el apetito. Cenaré en el primer turno. Mientras, libre de mi presencia, podrá usted estudiar en la guía el contenido de Zurich.

Lil Grover no se opuso. Cuando regresó Razin, ella dijo:

—El «Bellerive» está cerca del «Edén», y es considerado un odioso lugar de lujo. ¿Me sería permitido alojarme con dinero soviético en el «Bellerive»?

—Es posible, dada su ubicación, que el «Bellerive» fuera uno de los lugares donde concurra el artista. Buenas noches, señorita.

Cuando usted regrese de cenar, estaré durmiendo. Un medio de evitar ser un juguete de sus supuestas ironías. Sin rencor, y con pena.

—¿Pena por qué? —dijo ella, sonrojada.

—Lo que despreciamos nos es indiferente. Yo no le soy indiferente. Buenas noches.

Ella salió, algo exasperada. Pero al término de la cena se había disipado su enojo.

Entrando en el compartimiento a obscuras, con el cortinaje tendido, sonrió burlona. El «superhombre» tenía un modo muy corriente de dormir.

Resollaba. No era un ronquido, sino una respiración fatigosa. No era fumador, y dormía como un asmático, como Rudolf Grover.

Se sentó en la litera ya preparada, encendiendo la luz de cabecera.

El grito que iba a lanzar quedó abogado en su boca por una mano oportuna. La otra mano empuñaba una pistola, encañonada hacia su entrecejo.

Una voz gangosa, en muy exótico alemán, anunció:

—Vaya serenándose, hermana. No quiero hacerle el menor daño, pero tampoco quiero que chille y amotine a los viajeros. Vaya serenándose, hermana. Sí no chilla, no tendré que hacerle daño. Quiero tan sólo proponerle un buen negocio, honrado y suculento. Vea… Vuelvo a esconder este sucio pistolón, y ahora apartaré la mano de su boquita, pero si chilla tendré que atizarle un directo en pleno rostro, y va contra mi costumbre el pegar a una muñeca. ¿Ha ido captando la onda, muñeca?

Lil Grover había ya detallado al individuo que tan repentinamente se había corporeizado al encender ella la luz.

Un hombre joven, rubio, de ojos claros y descarados, masticaba chiclé, y el movimiento de sus mandíbulas hacía resaltar la cicatriz de su mejilla derecha.

Era fuerte el torso moldeado por el jersey azul. La chaqueta gris, así como el pantalón de franela, llevaban manchas negras, que moteaban también sus manos y frente.

Manchas de grasa lubricante.

Escondida la pistola, reseñada como robada en el ejército americano por el desertor Carey Flaherty, y retirada la mano que

actuaba de mordaza, Carey Flaherty se sentó a la izquierda de Lil Grover, sobre la litera.

—Vaya respirando con pausa, hermana. Ensanche el tórax, cierre la boca, y aspire por la nariz. ¡Uno! Ahora sople por la boquita. ¡Dos! Va bien. Admito que mi presentación deja que desear en lo tocante a correcta, pero no pude elegir otra. Y por lo que respecta a mis ropas, desafío a cualquiera a que bata mi récord. Estoy muy presentable, teniendo en cuenta que, siguiéndola a usted, desde Viena a Buch, he tenido que aferrarme a los ejes de diversos vagones, cambiando en la estación de parada, y francamente, así no hay modo de estar limpio. No sé por qué llenaran tanto de lubricante los ejes. Va bien. La muñeca se ha recobrado.

—Ha dicho usted que me seguía a mí…

—A usted y al oso. No se preocupe por el oso.

Ella miró con repentina alarma la cortina, tras la que se oía un resollar constante.

—Si resopla la marsopa es que usa los pulmones. El camarada se disponía a dormir, y en pijama estaba lavándose los dientes… A propósito, siempre pensé que dormían metidos en un saco. Le interrumpí en su lavatorio, con un pequeño toque de atención en pleno pescuezo. La guerra instruye. Un golpe que me enseñaron en el campamento de Long Island. Le garantizo que el oso está perfectamente embalado. No puede efectuar el movimiento número dos de la respiración completa, porque tiene adecuadamente tapada la boca. Le queda libre la nariz. Y a todo esto, me llamo Flaherty, Carey Flaherty, natural de Brooklyn. No, hermana, no lo haga. Esta manecita vuelva a colocarla en el regazo. Así… Gracias. Tocar el timbre no daría los resultados apetecidos. No veo por qué está asustada. Yo no soy un mal chico. Antes de explicarle algo interesantísimo, que nos beneficiará a usted y a mí, capte la onda. Aquí, Radio Brooklyn, narrando la verídica historieta del soldado Flaherty, que agarrado a un fusil taconeó toda Italia, unas veces, corriendo detrás y otras veces corriendo delante. Le dijeron al soldado Flaherty que la guerra había terminado, y como estaba en Viena, se las prometía felices. Pero la guerra no había terminado, le dijeron al soldado Flaherty. Tenía que seguir agarrado a un fusil hasta que lo licenciaran. El soldado Flaherty lo consideró un abuso de confianza.

—Usted…, usted es un desertor.

—Va bien, hermana. Usted es lista, y lo celebro. Podremos entendernos.

—¡Usted es el falso policía que mi padre me dijo que…!

—El mismo. Fui a visitar a su papá. Un buen hombre, de los de antes de la guerra. Le bastó que le dijera que yo era policía, y no hizo averiguaciones. Trataré de hacerme entender, hermana. Domino el alemán, gracias a que me tuvieron tres meses de guardián de soldados Fritz prisioneros.

—Le entiendo, señor Flaherty, pero no puedo comprender lo que se propone asaltando así un compartimiento y maltratando al agregado Ilia Razin.

—Seamos sinceros, hermana.

—¡Me llamo Lil Grover!

—Bueno, no es motivo para enfadarse, hermana. ¿Lil? Se paladea como un bombón de menta. No soy ningún «gangster», pero como la Fortuna me dedicó un guiño, no me la quise perder. Seamos sinceros. Si usted puede ganarse un montón de dinero, sin perjudicar a nadie, ¿qué opinaría?

—La guerra desmoraliza, señor Flaherty. No sé lo que se propone, pero su aspecto no me sugiere buenos métodos.

—Ganar una fortuna de un golpe, es la ocasión que todos soñamos.

—Según y cómo, señor Flaherty.

—Va bien, hermana. Las vienesas tienen salsa. Comprenderá, hermanita, que no he devorado toneladas de hierro corriendo por partida doble bajo mi cuerpo, ni he entrado aquí con el riesgo de ser recibido con malos modos, para oírle endilgarme un sermón sobre la moral.

—¿Piensa usted pasarse la noche hablando?

—Y usted oyéndome. Haga la prueba. Primer punto: el oso Razin, al igual que el inglés Hutchinson y el francés Tarride, buscaban a un comprador de cajitas de música. Y Razin viaja con usted en este bólido, hacia Zurich. ¿Por qué va usted con Razin? Porque usted conoce al comprador. ¿Qué haría Razin, cuando identifique al comprador? Llevárselo. ¿Qué delito ha cometido el comprador de cajitas? No nos importa, hermana. Lo que a mí me interesa es saber dónde guarda el comprador de cajitas un suculento

botín, que podemos llamar «botín de guerra».

—No me explicó eso el agregado Razin.

—Los camaradas rusos suelen ser muy herméticos. Uno de ellos que hacía patrulla conmigo por Viena, a cada pregunta siempre contestaba lo mismo: «¡No entiendo!». Volvamos al hombre de Zurich. Es uno de los tres confabulados, de los que podemos descartar uno, porque es mujer. ¿Quiere oír la historieta?

—Si.

—¿Oyó hablar durante la guerra de una bailarina que sembrara «*glamour*»? La llamaban Mitzi, en los carteles, y se llama Militza Rezke.

—Vi sus fotografías, y alguna vez la vi en el coche del coronel Lukas.

—¡Dimos con el segundo confabulado! Accidentalmente me enteré que una gran amistad unía a Lukas con Mitzi y un capitán marino llamado Albert Kleiber. Parece ser que Lukas, cuando empezó a ver que las cosas se ponían feas, llegó a una conclusión. Convenía sacar la tajada en la rebatiña. Y rapiñó joyas, mientras Kleiber rapiñaba el mismo material entre los náufragos torpedeados. Una manía corriente en los que embarcaban, ellas sobre todo, era recoger lo que abultaba menos y valía más: joyas. En cuanto a Mitzi, era la «indicadora». Es decir, señalaba al coronel los domicilios donde un discreto registro podía producir rapiña segura. Reunieron un botín, y los informes de primera clase que poseo, dan a entender que para verificar el reparto, escogieron el terreno neutral de Suiza. ¿Qué tienen que ver en esto las cajitas de música? Nos tiene sin cuidado. Sabemos que la policía internacional relaciona las cajas de música y su comprador con el botín de joyas. Nos basta. Cuando encontremos el comprador de cajitas, no haremos lo que se disponía a hacer el camarada del vecino camastro. Nada de detenerlo. Simplemente un tanto por ciento comedido. Un veinte bastará.

—Esto es chantaje.

—No lo niego.

Carey Flaherty reía con infantil descaro. Lil Grover añadió, con desprecio:

—Es tan indigno el que piensa lucrarse con el producto de robos infames, como el ladrón.

—También es verdad. No se lo discuto.

—No cuente conmigo.

—Como usted quiera, Lil Grover. Pero, claro, he de hacerle escuchar la segunda emisión de Radio Brooklyn «El soldado Flaherty tiene psicosis de guerra. Ha captado la onda de una emisión secreta que es un tentador guiño de la fortuna. Quiere este veinte por ciento del botín. La vienesa, que conoce al poseedor del ochenta por cien restante, prefiere entregar el cien por cien a los camaradas rusos, incluido el casco. El soldado Flaherty está meditando la mejor solución. Consiste en matar al camarada Razin. Y por sus propios medios, encontrar al hombre de Zurich. En cuanto a la vienesa, queda libre de perderse unos cientos de miles, si prefiere entregar carne humana».

—¡Yo nunca pensé entregar a Rolf…!

Se cubrió ella los labios con el dorso de la mano.

Carey Flaherty se aplicó la diestra en concha tras la oreja izquierda.

Murmuró, con los ojos brillantes, olvidándose del chicle:

—¿Rolf, Rolf? Diantres, diantres, diantres. La vienesa sabe un rato largo, y estaba engañando al camarada Razin. ¡Magnífico, va bien! Estamos de acuerdo. Yo tampoco quiero entregar a Rolf, al espléndido Rolf… Tan sólo un veinte por cien. Oiga, hermana, el camarada vecino está convertido en un salchichón, y era cierto que no puede emplear la boca, pero tiene las orejas libres. Se acaba de enterar, y estará furioso. Si usted le hubiera dicho cómo se llamaba el comprador de cajitas, no tenía necesidad de pagarle el viaje para identificar a Rolf… ¿Rolf y qué más, hermanita?

Sacudió ella la cabeza en negativa. Dijo Flaherty:

—La noche es joven, y hasta Zurich tenemos tiempo. Verá cómo llegamos a un acuerdo. ¡Seguro! Va bien, hermana. Va bien.

CAPÍTULO VII

Las antenas de plata de Zurich, la ciudad de más riqueza económica europea, con más de cuatrocientos millonarios… en francos suizos, atraen avalanchas turísticas.

Porque los activos e inteligentes zuriquenses tienen a gala demostrar que no son nuevos ricos, y que saben vivir. Desean dar la impresión al turismo de que en discreción nadie les gana, y que cada cual, no contraviniendo el respeto elemental al decoro, es libre de proceder de donde quiera, puesto que su pasado quedó lejos fuera de las fronteras, fuera del bello marco que encuadra el pequeño mar que es el lago de Zurich.

Ofrece detalles de suntuosidad increíble. Sus tranvías son los más suntuosos del mundo: delante, una proa imitando la de nave, en metal con cristales incrustados. Un interior impecable de pulcro y confortable.

Sus calles parecen frotadas al papel esmeril por las noches, para de día lucir pulidas como espejos.

Pero esta ostentación de limpieza y lujo, no interesaba a los dos hombres instalados en la terraza del «Hotel Edén».

Si bien uno de ellos llevaba el correaje con el estuche de gemelos, utensilio inseparable del concienzudo turista en Suiza, no los enfocaba hacia la hilera de picos nevados, ni hacia los yates que surcaban las plácidas aguas.

De vez en cuando, el inspector Stanley oteaba la terraza del «Bellerive», hacia el trío instalado bajo uno de los multicolores parasoles.

A su lado, el comisario Lefranc prefería entresacar del torrente humano que circulaba por la Zurichhorn, la arteria principal de la ciudad, las siluetas femeninas dignas de ser detalladas. No

abundaban. Y lo manifestó:

—Será chauvinismo, pero no hay Eva más encantadora que la francesa. Tengo la mala costumbre de empezar por la base, y las que aquí circulan ostentan números alzados. Usted me preguntará: «¿Cómo puede ser tan frívolo, Lefranc, estando como estamos pendientes de la llegada del que resolverá mucha intriga?». Y yo contestaré…

—Que no es enfocando constantemente hacia la mesa donde espera Cinthya, que llegará antes, si es que viene, el llamado Rolf.

—Fernand y la falsa Mitzi sabrán retirarse a la señal de «Margaret». Tal vez consiga más Cinthya que nosotros, y siempre estamos a tiempo de intervenir. Además, tanto puede Rolf presentarse hoy, como mañana… Por cierto, hablando de presentaciones, nuestro colega ruso no es modelo de puntualidad.

—Su cable desde Viena anunciaba su llegada hoy, sin especificar hora. ¿Usted sabe ruso, Lefranc?

—Él sabrá francés, espero, o quizá inglés.

—En la «Akademiska» policíaca internacional rusa, les enseñan el inglés de América, Lefranc.

—Es un poco ofensivo para Gran Bretaña.

—Es oportunismo, señores.

Lefranc y Stanley miraron a la vez al que acababa de hablar, y que apareciendo a un lado de la mesa, añadió:

—El conserje me informó de sus personalidades, señores. Deben excusar mi tardanza, pero necesitaba un baño, y concentrarme. Servidor de ustedes es el agregado Ilia Razin.

Lefranc y Stanley no se pusieron en pie, porque el recién llegado, sentándose, prosiguió:

—No lo tomen a mal, pero la prudencia es amiga del buen viajero.

Lefranc y Stanley miraron lo que Flaherty colocaba sobre la mesa. Una cajita-tampón, y tres cartulinas blancas.

Un camarero depositó tres vasos afiligranados, escanciando un líquido lechoso.

—Me he tomado la libertad de pedir tres vodka.

Carey Flaherty aplicó las yemas de su pulgar e índice en el almohadillado entintado, imprimiéndolas después en una de las tres cartulinas.

Colocó junto a la cartulina recién manchada la cartera de documentos de Ilia Razin, en la que sólo había una variante: un cambio de fotografías, causa del retraso a la cita.

Lefranc rió agriamente:

—Mi querido colega Razin: debe permitirme corresponder a su refrán de la prudencia, con otro menos elevado. De nosotros tres, yo respondo por el inspector Gregor Stanley, de Scotland Yard, el cual a su vez responde por mí, que hasta el preciso momento en que usted exhibió el tampón, estaba convencido de ser el comisario Henri Lefranc. Si la prudencia es amiga del buen viajero, la cortesía es la amante del decadente occidental. Nos basta con su documentación, y puede tamizar la nuestra, pero mancharme los dedos, me causaría una penosa impresión. Sería como creerme culpable de delito, sin estar convicto ni confeso.

Carey Flaherty examinó meticulosamente el carnet del inspector Stanley y el del comisario Lefranc.

El inglés quiso demostrar su flema, y no hizo comentario.

—Exactamente, ¿qué es un agregado civil, señor Razin? Y perdóneme por mi inglés de Inglaterra. Vivo un poco atrasado.

—Un agregado civil, comisario Lefranc, es el equivalente a un comisario de policía, sin encuadre político. En principio, y para nuestro mejor entendimiento, he de advertir que execro cualquier discusión política.

—No hemos venido a Zurich para comportarnos como contertulios tomando el café. Se nos notificó por cablegrama que usted colaboraría con nosotros en la búsqueda de cierto sospechoso.

—Se me ordenó que me pusiera en contacto con ustedes. ¡A su larga salud, colegas!

Carey Flaherty se limitó a enseñar el vaso, apurando su contenido de un golpe de pescuezo. Tenía práctica.

Stanley se mojó los labios, y Lefranc paladeó el recio aguardiente, entrenado por el «calvados» de Normandía.

Carey Flaherty, contra su gusto, eligió un traje azul de confección en serie. Había llegado a un acuerdo con Lil Grover.

Una extraña psicología la femenina vienesa… Lil Grover no quería que el «camarada oso» pasara a mejor vida. Había sido ingeniosa la solución dada por Flaherty, para asegurarse la ayuda de Lil Grover.

Era hombre de recursos, hábil, muy ingenioso el desertor de Brooklyn. Ésta fue la opinión de Lil Grover.

—Una vez de acuerdo en que nos deseamos larga salud, comisario Razin, y desaparecida de la mesa su tarjeta de presentación, ¿quién habla primero?

—La veteranía es un grado —dijo Stanley, dedicando un vistazo a través de sus prismáticos a la terraza del «Bellerive».

—De las tres potencias aquí representadas, la joven, briosa y arrolladora Rusia es la más indicada para aleccionar a la frívola Francia y a la vetusta Inglaterra. ¿No es así, comisario Razin?

—Execro la ironía, comisario Lefranc.

—Ya sé que es la causa de nuestra perdición, pero hay vicios que mueren con el individuo y la raza. ¿*Que voulez-vous, mon cher Razin*? Tengo ya demasiada edad para modificar mi idiosincrasia.

—El comisario Razin habla el inglés como un perfecto natural de Brooklyn —comentó, sonriente, el inspector Stanley.

—Estuve cinco años en Nueva York. Aprendizaje de los procedimientos científicos del «Federal Bureau». En vista de su resistencia pasiva a colaborar, podría convertirse en grotesca nuestra reunión. Me envía el Organismo internacional para recibir ayuda, no para ser obstaculizado en mi tarea.

—No estamos en Viena, ni somos engranajes de su organismo, Razin. Permítame decirle que tengo veintisiete años de servicio, casi los mismos que usted debe tener. ¿Mataron a alguien en su demarcación vienesa, al son de un vals?

—No. Pero capturaré al comprador de las cajitas de música.

—En esto confiamos. Gracias. Si tiene algo que hacer, comisario Razin, por nosotros no se prive de ausentarse.

—Le está fallando la ironía, Lefranc —sonrió Stanley—. Yo pregunto: «¿Si nuestro joven colega Razin carece de diplomacia, tenemos que enojarnos?». Y contesto: «No le imitemos». Le expondré cuanto sé, Razin.

—Gracias, Stanley.

—No hay de qué, colega. En el «Hotel Majestic», propiedad londinense, ahorcaron después de tundirla a latigazos, a una austríaca, Militza Rezke, que usufructuaba una falsa identidad. A las dos y veinte de la madrugada sonó un vals procedente de una caja de música. El forense pudo concretar que la muerte tuvo lugar entre

dos y tres. Averiguada la verdadera identidad de la difunta, comuniqué con el servicio británico en Viena. Cedo ahora la palabra al comisario Lefranc.

—En el «Hotel Graff» parisino, a las dos y veinte de otra madrugada, sonó la misma música y apareció ahorcado y tundido a latigazos un ex capitán alemán, Albert Kleiber. El servicio francés en Viena me ordenó me pusiera en relación con el inspector Stanley y nos trasladásemos a Zurich, donde había sido avistado el comprador de las cajas de música que contenían el vals asesino. Cedo ahora la palabra al agregado civil Elio Razin.

—Ilia Razin, señor Ulrich Lefranc.

—Henri Lefranc, si le es igual.

—Se comportan los dos como niños creciditos. Si no le gusta el vodka, Lefranc, piense que Razin execra el fútil burbujeo del champaña. Ahora nos va a apabullar con su profundo estudio de concentración en el baño. ¿Dónde tiene prisionero al «Fantasma del Vals Vienés»?

—Puedo apabullarle, Stanley. Por tres veces ha dirigido los prismáticos a la terraza del «Bellerive». Antes de yo presentarme, lo hacía con frecuencia. He estudiado cinco años en Nueva York, señores. Puedo, pues, decirles que la treta es débil. Poseo en la memoria la descripción física del capitán Albert Kleiber y la fascinante Mitzi Rezke. Si ella murió en Londres, y él en París, ¿cómo es que están escoltando a una inglesa en la terraza del «Bellerive»?

—Un punto a su favor, Razin. Lo admito, pero yo ahora pregunto: «¿Conoce usted algún sistema mejor para atraer al comprador de las cajitas?». Le puede resultar difícil la respuesta, ya que carece de precedentes que le aclaren por qué un agente mío y una actriz suplantan a Kleiber y Mitzi.

—No conozco ningún sistema. Me limito a considerar un dilema: si el comprador debía reunirse con Mitzi Rezke, Kleiber y la señorita, descubrirá inmediatamente la suplantación. Y si es el asesino, no aparecerá.

—Bastará que aparezca. Además contamos con el poder de atracción de la señorita inglesa. Indudablemente, si es el asesino, no aparecerá.

—Hagan desaparecer al barbudo y a la rubia velada. Dejen sola

a la señorita —indicó Carey—. ¿No estamos los tres al acecho?

—Por una razón que ignoramos, tanto Kleiber como Mitzi manifestaron a la inglesita que era preciso estuvieran los tres juntos esperando al enigmático comprador de cajitas.

—Creo, Lefranc, que hay algo de cierto en lo expuesto por nuestro colega. Haga usted la señal convenida, y Fernand irá al teléfono. Comuníquele que él y la actriz se retiren a una mesa del interior visibles desde fuera. Que dejen a Cinthya, y que ésta, transcurridos unos minutos, abandone la terraza y pasee por la ribera norteña del lago. Si realmente Cinthya es la viva imagen de Margaret, se acercará Rolf.

—¿Rolf? —inquirió Flaherty.

—Hasta ahora sólo sabemos que Cinthya Sutton, siendo la viva imagen de Margaret Thompson, la novia de un tal Rolf, es la que tiene más posibilidades de encontrarse con Rolf.

—Perfecto. Haré la señal, y pasearemos.

Se levantó Lefranc, para poco después ir al teléfono. Gregor Stanley dijo, con entonación indiferente:

—Le gustará seguramente Suiza, comisario Razin. Aunque Zurich es escandalosamente atractiva, tengo entendido que Crimea es también espléndida. Es una lástima que no exploten el turismo en Crimea.

—Sí, es una lástima. No quisiera ser molesto, pero mis atribuciones son, en el caso de detención de Rolf, entregarlo a la policía internacional de Viena.



—¿Capta la onda, muñeca?

—Nos bastará la confirmación de Viena, aunque nosotros debemos capturar a un asesino, y aun no hemos establecido que el asesino sea Rolf.

Se levantó Flaherty.

—Volveré a reunirme con ustedes al aperitivo.

—Como usted quiera.

Lefranc se cruzó con Flaherty.

—No confío en su método, comisario Lefranc. Le veré antes del almuerzo.

Lefranc asintió, mirando hacia la terraza del «Bellerive». En la mesa ocupada antes por el trio, sólo quedaba Cinthya Sutton.

—Antipático, a sabiendas, el joven soviet.

—Habla como un yanqui. Indudablemente posee la facultad idiomática. ¿Juntos o por separado, seguimos a Cinthya?

—Juntos. Vamos allá.

En su habitación, Lil Grover levantó el
«pick-up».

—Aprisa, Lil. Hay una rubia bonita en la terraza del «Bellerive». Va a caminar como señuelo para atraer a Rolf Lukas. Acechan los dos policías. Parece ser que la inglesa es imagen viva de otra a la que amó Rolf. Aprisa. Debes impedir que Rolf se acerque a la inglesa.

—Lo impediré, pero has de recordar que Ilia Razin…

—¡Sí! Por mí que lo asciendan o lo fusilen en Moscú. Aprisa, Lil, encanto.

Lil Grover dejó la habitación. Un extraño sujeto aquel desertor de Brooklyn, que calificó de homenaje a su belleza secreta el pretender abrazarla.

Y que recibió el airado bofetón con alegre filosofía, sin reincidir en el «homenaje».

* * *

A las siete de la madrugada, Ilia Razin, en plena obscuridad, había efectuado un descenso violento, empujado desde la abierta ventanilla cuando el tren, disminuida su marcha, penetraba en la estación precedente a Zurich.

Magullado, medio inconsciente, se sintió arrastrado hasta recuperar la verticalidad. Llevándole a empujones por el codo, Carley Flaherty le explicó más tarde su intención:

—Por motivos inherentes a la caprichosa mentalidad femenina, vas a vivir, Ilia. A mí, personalmente, tanto me da. Le diste a Lil una guía muy instructiva. El poblado de Uster, penúltima estación, se distingue por la abundancia de sus grutas, cuyo plano da la guía.

He elegido la de Ruti. No es visitada por los turistas. Tendré que perder una hora contigo, hasta encontrar el sitio adecuado. No quisiera que me estropearas el negocio, Ilia. El ayuno no te perjudicará. He prometido a Lil que si transcurren cuarenta y ocho horas sin que haya yo encontrado a Rolf Lukas, vendré a traerle pan y agua. Capta la onda, Ilia. ¿Qué dulce filtro le has dado a Lil, que tanto se preocupa por tu salud? La fortuna me favorece de un tiempo a esta parte, Ilia. No hay obstáculos en nuestro camino. La gruta de Ruti es señalada al turista por su aguda cresta de gallo. Su interior es laberíntico, pero llevo linterna y guía. Creo que no hay calefacción. Si pudieras contestarme dirías cosas feas, Ilia. Comprendo que te molesten las ligaduras, pero piensa en Lil. No es tan fea como parece. Tiene un cuerpo magnífico. Y es sensible. Casi lloraba cuando te vió saltar por la ventanilla. La pobre no sabe que ya no volverá a ver su Viena adorada. Tú no le perdonarás lo que hace. Pero si pudieras pensar, comprenderías que lo hace porque estaba convencida de que yo encontraba más seguro matarte. Obscura como boca de lobo la gruta de Ruti, Ilia, pero ya puedo encender la linterna. Se trata ahora de encontrar un sitio para acomodarte. Y he de elegirlo esmeradamente. No me vas a estropear el negocio tan bien montado. Revisaré tu mordaza y tus atadijos. Estoy a punto de enriquecerme, Ilia. La sensibilidad honesta de Lil te salva, camarada, porque lo mejor sería introducirte en uno de estos nichos naturales, pero seco, completamente seco… Lo he jurado a Lil, pero ¿es inteligente mantener la promesa hecha a una muñeca excesivamente sensible? ¿Qué harías tú en mi caso, Ilia?

CAPÍTULO VIII

Cinthya Sutton vivía intensamente. Tenía matices de alucinante aquel paseo por la amplia acera en cornisa sobre el plácido y extenso lago.

De un momento a otro, podía surgir Rolf… Ojos azules risueños, cabello ondulado castaño cobrizo, boca bien dibujada, firmemente viril, frente despejada…

El que apoyaba su mejilla en el cabello rubio de Margaret Thompson.

Tenía que llegar hasta el edificio blanco del Strandabd, el Náutico, y allí sentarse en uno de los mayores bancos. Esperar hasta la una en punto, y después deshacer el camino hasta el «Bellerive».

La mayor parte de los que transitaban eran evidentemente ociosos turistas. Era aquélla la mejor época del año para visitar Zurich, con sus festivales únicos en el mundo, rezaban los carteles de las agencias londinenses.

Se estremeció al acercarse a ella un hombre alto, apuesto… Pero pasó de largo, yendo a sentarse en el largo banco de la cornisa.

Pensó que debía forzosamente llamar la atención, que era imposible que no vieran su agitación anímica.

Pero los que la miraban, sólo veían a una encantadora turista inglesa, digna de figurar como modelo de los espléndidos anuncios de las revistas británicas que propagaban las excelencias de la moda en Torquay.

Estaba tan cerca de la marmórea balaustrada, que pudo apoyarse en ella, paralizada, pestañeando como única manifestación de que estaba con vida.

Muy próxima, una voz acaba de susurrar:

—Margaret, mi vida…

Cinthya Sutton aspiró la brisa del lago. La necesitaba para sus sienes martilleantes y para ahuyentar la opresión de sus pulmones, por un instante dolorosos en la cárcel de su inmovilizada respiración.

—Así, en silencio, te despediste, Margaret. En silencio, vuelvo a verte. Más de cinco años, Margaret… y la belleza de tu recuerdo por compañía en mis peores horas.

Ella continuó con la mirada fija en el lago. Temía el instante de enfrentarse con el enamorado ignorante… o con el Fantasma del Vals Vienés.

Una voz rica en sonoridad, grave y reposada, henchida de ardor contenido.

—Llegué cuando abandonabas la terraza. Desde ayer estoy recorriendo la ciudad en tu busca, Margaret.

Ella estalló en un sollozo… Dos sombras acababan de truncar la irresistible situación.

Se interpuso entre ella y Rolf Lukas el comisario Lefranc. Y tras de ella, Stanley, que decía:

—Acudió a la cita, Rolf. Le agradeceríamos nos evitara violencias inútiles.

Cinthya Sutton echó a correr. Lefranc asía por un codo a Rolf Lukas, y Gregor Stanley interpuso su cuerpo al primer impulso violento que manifestó Rolf.

—Comisario Lefranc, y mi colega el inspector Stanley, de Scotland Yard.

Rolf Lukas apartó la mano del francés. Miró hacia la silueta femenina, que presurosa se alejaba.

—Cometen un error, caballeros. No es contravenir ninguna ley volver, tras más de cinco años de espera, a abordar a mi novia. ¿No les ha dicho Margaret quién soy? ¿Por qué ha huido?

Rolf Lukas fué devolviendo a sus músculos la normal elasticidad. Se sentó, y apoyando los codos en las rodillas, se mesó los cabellos. En pie ante él, mientras a su lado se sentaba Lefranc, dijo Stanley:

—Tan pronto conteste satisfactoriamente unas preguntas, podrá ir a reunirse con ella en el «Bellerive». En Londres y en París fueron seguidos los pasos de dos personas, amistades suyas, Rolf. Nos han conducido hasta Zurich y a usted. ¿Conoció a un oficial de marina llamado Albert Kleiber?

Rolf Lukas abandonó su postura para reclinarse hacia atrás, cruzando una pierna encima de otra.

—Estamos en Suiza, y sólo a la policía suiza tendré el placer de contentar.

—La Policía Militar de Viena nos ha concedido amplias facultades. No se trata de una detención, sino simplemente de ciertas aclaraciones.

—Se han interpuesto ustedes de un modo grosero en la reanudación de mi ensueño, caballeros. Esto basta para que no me sienta predispuesto a reconocerles autoridad alguna. No obstante, para no perder tiempo, vayamos a la «Stadtpolizei» más cercana. Obtendrán allí la más amplia información sobre mi persona. No soy criminal de guerra, ni tengo cuentas pendientes con ninguna policía.

—La policía de Viena piensa de otro modo, ya que le relaciona con determinadas cajitas de música.

—Adoro la música, pero creo se han equivocado de persona.

—Podemos evitarnos el viaje hasta la comisaría más próxima, puesto que solicitamos tan sólo su ayuda. Usted debía reunirse en Zurich con Mildred Rilke y el profesor Kleist, según ellos mismos nos han declarado.

—Lamento acusar de mentirosos a unos desconocidos. Terminemos, caballeros. Tengan la bondad de seguirme. La «Stadtpolizei» dista tan sólo un centenar de pasos.

Rolf Lukas, manos en los bolsillos, echó a andar. Tras él, Lefranc y Stanley, ceñudos, dispuestos a no dejarse engañar por la indolencia del misterioso «Rolf».

Presentían que, de un momento a otro, intentaría escapar, pero Rolf Lukas se detuvo en el umbral del edificio en cuyo frontis en orla pétrea campeaba el escudo de Zurich, Félix y Régula con la cabeza bajo la axila, y a cada lado, en letras doradas:

«Policía Cantonal».

—Departamento de Refugiados, es el mío —dijo Rolf Lukas—. Primer piso, tercera puerta. El comisario Grieder es una excelente persona, mejorando lo presente.

Un vestíbulo de armonioso conjunto, y una escalinata digna de un palacio veneciano. En el primer rellano un individuo, al pasar, saludó cordialmente:

—Bienvenido, señor Lukas.

En la tercera puerta, se detuvo Rolf Lukas.

—Si conocen al comisario Grieder, no les presentaré.

—No tenemos el honor —contestó agriamente Lefranc.

Inconvenientes de no estar en París. Tenía que soportar la amable insolencia de un sospechoso…

Rolf Lukas repicó en la puerta. Abrieron, y el policía que salía con unos papeles en la mano, sonrió:

—Bienvenido, señor Lukas. Puede pasar. El comisario no tiene visita.

Rolf Lukas entró, seguido por Stanley y Lefranc. Tras la mesa, al fondo, un individuo rollizo, de alborotados cabellos canosos, se levantó, tendida la diestra:

—Bienvenido, Rolf. ¿Qué se te ofrece?

—Presentarle al comisario Lefranc y al inspector Stanley. Me han afirmado que debo ayudarles, contestando ciertas preguntas.

El comisario Grieder tendió la diestra a sus colegas extranjeros. Fue Stanley el que expuso:

—Mi alemán es un poco defectuoso…

—Nos encanta el inglés —dijo Grieder—. Pero siéntense, por favor; siéntense. ¿En qué puedo servirles?

—Desde Viena, nos ordenaron acudir a Zurich, para interrogar a este caballero.

—¿A Rolf? —preguntó Grieder, asombrado—. Sin duda debe haber un error.

—Iremos por partes, comisario. Sabemos de fuente cierta que dos personas, con falsa identidad, tenían que reunirse con este caballero aquí en Zurich. Las dos personas se llamaban respectivamente Militza Rezke y Albert Kleiber.

—Tuve el lamentable honor de conocerlas —declaró Rolf—. Usted ha dicho algo muy sensato, comisario Lefranc. Vayamos por partes. ¿Tienen orden de detención contra mí, contra Rolf Lukas? Gozo de la hospitalidad suiza, y salvo una demanda de extradición, ni Scotland Yard ni la Sureté tienen autoridad sobre mí.

—Tal vez la Policía Internacional en Viena se interese por usted, señor Lukas.

—Es un error lamentable —intervino Grieder—. Seguramente la Policía de Viena se refería a Werner Lukas, el hermano de mi

amigo. Debieron informarse, señores… No es reproche, pero mi amigo Rolf sufrió bastante, y tiene derecho a no ser importunado. Estuvo cinco años prisionero, y pudo fugarse gracias a su reconocido espíritu inquebrantable, acogiéndose a la hospitalidad suiza a fines del año pasado.

—Desearía que desde Viena nos confirmaran el error. Por el momento, comisario Grieder, ¿podríamos en su presencia hacer una pregunta sencilla a su gran amigo Rolf?

—Él es libre de contestarla, comisario Lefranc.

—En Londres, hace tres noches, exactamente a las dos y veinte de la madrugada, sonaron en una alcoba del «Hotel Majestic» las notas de un vals. Y hace dos noches, las mismas notas, a idéntica hora, en una alcoba del «Hotel Graff», parisino. Tenemos la convicción de que es un vals conocido por el señor Rolf Lukas. Hasta llevo mi atrevimiento a la osadía incalificable de inquirir del señor Rolf Lukas si, por azar, se encontraba en Londres hace tres noches y en París anteanoche.

—No. Y he contestado. Ahora abusaré de la amistad del comisario Grieder. Complazca a estos caballero, y solicite con urgencia de Viena si estoy en alguna lista de requeridos. Esperaré la respuesta aquí, si no le molesta, Grieder.

Grieder tocó un timbre. Entró un policía.

—Llame al radio de guardia.

Hubo un instante de molesto silencio. Lo truncó Stanley:

—Ignoro lo que Viena contestará, pero sí sé que Militza Rezke y Albert Kleiber tenían que reunirse en Zurich con Rolf Lukas. No estamos provistos de mandato de extradición, ni tenemos orden internacional de detención contra Rolf Lukas. Solicitamos de este señor una ayuda, y vemos reticencia en su actitud, comisario Grieder. Realmente, me choca…

—Éste es el historial de mi amigo Rolf. Pueden documentarse, mientras dicto. Tome nota, Aebi. Radio urgente al servicio francés e inglés en Viena. «Confirmen error sospechas acerca de Rolf Lukas». Transmita con petición de respuesta inmediata.

Se marchó el radiotelegrafista, y Grieder justificó su actitud:

—No ha de chocarle mi reticencia, inspector Stanley. El ex teniente Rolf Lukas no quiere regresar a Viena por sentimentalismo. Quería a su hermano Werner… No podría soportar las condolencias

de las amistades. No podría soportar la idea de que su hermano Werner sea buscado como «criminal de guerra». Es posible que Kleiber y la Rezke intentaran entablar contacto con Rolf Lukas, porque saben que éste es generoso y no los delataría.

Lefranc acabó de leer el historial del refugiado voluntariamente, no por forzoso imperativo.

—Admito que esta lectura descarta toda posible sospecha de complicidad con Kleiber y Militza Rezke. Pero ¿por qué estos dos tristes personajes tenían que acompañar a Margaret Thompson en su entrevista con Rolf Lukas aquí en Zurich? Si me aclara este punto, le pediremos excusas completas, señor Lukas. Precisamente mi colega está esperando una respuesta acerca de Margaret Thompson.

—Puedo dársela yo. Era mi novia, y estuvo encarcelada. Mi hermano le facilito la fuga poco antes de terminarse la guerra. Y recibí una nota firmada por Militza, que era la amante de Werner. En ella me decía que yo volvería a ver a Margaret, aquí en Zurich. Comprendí que, con ello, Militza intentaba granjearse mi ayuda. Y hace tres días recibí un telegrama puesto en Londres. Lo llevo conmigo. Se lo leeré.

Pausadamente, leyó Rolf Lukas:

> «Margaret emprende viaje conmigo mañana. —*Mitzi*».

Ofreció el telegrama a Stanley:

—Juzgue si es legítimo.

—Así parece.

—¿Aclara esto sus últimas dudas, comisarlo Lefranc? —inquirió Grieder.

—Por completo. No me queda sino presentar excusas al señor Rolf Lukas. ¿Oyó hablar de unas cajas de música, señor Lukas?

—A usted, cuando se refirió a la de París. Y al inspector, al citar la de Londres. Sí han seguido a Margaret, ¿puedo saber en qué calidad está ella considerada?

—Nos parecía sospechosa de complicidad con Militza y Kleiber. Francamente, señor Lukas… y lamento hacer sufrir al comisario

Grieder, pero o es usted un comediante soberbio, o soy un novato en mi oficio. Mis excusas, comisario Grieder. Me retiro.

—¿No espera la respuesta de Viena?

—La pediré particularmente. No tengo costumbre de ser recibido como si fuera yo el sospechoso. Buenos días.

Gregor Stanley fué más amable:

—Hasta la vista, comisario Grieder. Mis saludos, señor Lukas.

Rolf Lukas estrechó la mano de Grieder y, abandonando el despacho, alcanzó a los dos policías.

—Usted no es un novato en su oficio, comisario.

—Entonces usted es un soberbio comediante.

Bajando las escaleras, replicó Lukas:

—Perdí contacto con Margaret mientras duró la guerra. Militza se sirve de Margaret para congraciarse conmigo. ¿En qué parte intervengo como comediante?

—Buenos días, señor Lukas. Mi oficio es hacer preguntas, no contestarlas. Creo que es también la tesitura del inspector Stanley. No ignoramos que, salvo orden de extradición, es usted un ciudadano acogido a la hospitalidad del comisario Grieder.

—Me reuniré con usted, Lefranc. Telefonee a Fernand por lo que se refiere a los «Almacenes Davies». Anulación.

El francés se alejó, y Stanley presentó su pitillera a Lukas.

—No pongo en duda cuanto ha expuesto, pero Lefranc es extremadamente suspicaz. El misterio de las cajas de música le tiene obsesionado. Parece que hay una estrecha relación entre ellas y un misterioso contacto que debía establecerse. En fin, es complicado, y pensábamos que tal vez usted podía levantar una esquina del velo tupido.

—Militza y Kleiber pueden levantar el velo.

—En efecto…, pero hay un obstáculo. Han muerto. Buenos días, señor Lukas.

Gregor Stanley tenía una larga zancada. Rolf Lukas no hizo nada por seguirle.

Recuperado del asombro, se disponía a llamar un taxi para dirigirse al «Bellerive», cuando le tocaron en el hombro.

Se volvió, y exclamó:

—¡Tú, Lil! ¿Qué haces aquí, en Zurich?

CAPÍTULO IX

—Ya he avisado a Fernand. Cinthya no reaparecerá. ¿Con qué fin la quita de la circulación, Stanley?

—No es un comediante por lo que se refiere a Cinthya… La creyó Margaret, e ignora por tanto que ha muerto. ¿Por qué querían Kleiber y Mitzi a un doble de Margaret? Aquí está la clave del enigma. Tan pronto sepamos quién fué, y cómo murió Margaret Thompson, sabremos a qué atenernos.

—Mi opinión es terca por lo que se refiere al austríaco. Sabe más de lo que pretende saber. ¿Qué pasa Fernand?

—Este radiograma para usted, inspector. Me he permitido traerlo. La señorita está ya avisada de que no debe abandonar sus habitaciones.

—Pues vete a comprobar que lo hace, y quítate la barba, estúpido.

Gregor Stanley descifró lentamente, auxiliándose del código:

> «Margaret Thompson encarcelada en Viena en Marzo cuarenta, acusada de espionaje. Testimonio un procesado guardián refiere fué torturada en fustigaciones constantes, siendo ahorcada agosto cuarenta y dos. Trasladada a Berlín septiembre cuarenta».

—¿Látigo y horca? ¿Margaret, la pasión de Rolf Lukas? Ilústreme, inspector Stanley, ¿cómo murieron Mitzi y Kleiber? Como empiezo a dudar hasta de mí mismo, ¿cómo murieron Mitzi y

Kleiber?

—Látigo y horca.

* * *

—No pude impedir que te abordaran los policías, Rolf. Buscan al que compró las cajitas. Han dado desde Viena tu descripción. En aquel coche te hemos estado esperando.

—¿Quién está contigo?

—Un desertor americano. Lo sabe todo. No me quedó más remedio, Rolf. Se llama Carey Flaherty, y quiere el veinte por ciento… No sé cómo, pero averiguó lo que yo misma no sabía. Algo referente a un botín…

—Muy interesante tu americano. Si he esperado más de cinco años para ver de nuevo a Margaret, puedo esperar unos minutos más.

En el interior del taxi, Carey Flaherty saludó:

—Encantado de conocerle, Rolf Lukas… Podemos abandonar el taxi, con chofer que tiene oídos, en un paraje discreto.

—Raza expeditiva y comercial la yanqui. Chofer, al Wellenbad. ¿Cómo sigue tu padre, Lil?

—Siempre contento con su taller. No me quedó más remedio, Rolf. Yo no…

—Te conozco suficientemente para saber que eres noblemente espiritual, Lil. Si estás en compañía del caballero Flaherty, éste sabrá, explicarlo. El Wellenbad es un parque delicioso, en el que podrás contemplar las evoluciones de los cisnes mientras tu amigo y yo charlamos.

El taxi se detuvo, y pagó Flaherty. Bajaron los tres. Rolf Lukas señaló el amplio estanque.

—Allí volveré a saludarte, Lil.

—Sí, Lil —apremió Carey Flaherty.

Se alejó ella, y fue a sentarse Rolf Lukas.

—¿Cómo consiguió la amistad de Lil?

—De un modo poco correcto. Un policía ruso la llevaba a ella, para identificar al comprador de cajitas musicales.

Explicó Flaherty su suplantación de Ilia Razin.

—Accedió Lil a explicarme por qué sabía que se llamaba Rolf

Lukas el comprador. Le conocía de antes de la guerra, y le dió a usted refugio en su cuarto, ignorándolo el padre, que, mientras, se dedicaba a confeccionar las cuatro cajitas. Una para Kleiber, una para Mitzi, una para Werner… y una para usted. Dos sonaron en un dragaminas. ¿Cómo lo sé? ¿Ha oído hablar de la «Sun»? Es una compañía reaseguradora, con sede central en Nueva York. Procuraban informarse de lo que sucedía con las joyas rapiñadas. Algunos de sus empleados perdieron la vida, al ser confundidos como espías. Otros fueron más afortunados. Uno siguió la pista de una diadema con esmeraldas y un juego de diamantes, que pasó a poder de Albert Kleiber. Se interesó mucho por todos los pasos de Albert Kleiber, hasta perderle la pista. Pero vió el traslado de un cofre a una lancha, y oyó las cajitas. He elaborado una hipótesis. Werner Lukas, Mitzi, Kleiber y usted se comprometen a reunirse con el botín en determinada fecha. Ellos le entregan a Margaret Thompson, y usted entrega tres tercios del botín. Si alguno no puede acudir a la cita, les representará el portador de la cajita.

—Un desertor con mucho talento.

—Deserté aparentemente, y me perseguían aparentemente. La compañía «Sun» me considera el más inteligente detective a su servicio. Estuvieron muy contentos al saber que mi excursión por Italia había tenido feliz término, salvo esta cicatriz, y otras en mi endurecido cuerpo. La «Sun» solicitó que, en vez de licencia, me dejaran engrosar las filas de desertores. Era un medio de inmiscuirme en los sitios de refugio. Obtener informes. Pero no hallé rastro de Kleiber ni de Werner Lukas. Tuve que seguir los pasos de la ordinaria policía. La «Sun» compró a bajo precio los seguros que varias compañías habían hecho sobre joyas, consideradas como perdidas al pasar a manos como las de Kleiber. Yo, cuando me entrevistara con Kleiber, con Werner, con Mitzi o con usted, debía simplemente especificar que la «Sun» compra. Yo percibiría el veinte por ciento. El botín es difícil de vender. La «Sun» da todas las facilidades. Compra a un precio decente, y paga las pólizas. Recupera con beneficio su arriesgada inversión. Ya está todo dicho, Rolf Lukas.

—¿Qué necesidad tenía usted de fingirse desertor?

—El servicio aliado me empleó para poder atrapar a imbéciles y verdaderos desertores, que estaban ya muy arrepentidos. A la vez,

en los refugios trataba de inquirir el paradero de Kleiber, de Mitzi y de Werner.

—¿Conoce el de Werner?

—No. A la «Sun», compañía puramente comercial, sólo le interesan las joyas, por las que ha pagado ya crecidas pólizas. ¿Ha reflexionado que sería malvender, y arriesgarse, no estudiar las buenas condiciones de la «Sun»?

—¿Por qué supone que sé algo de cuanto me habla?

—Porque podría demostrar, si fuera preciso, que usted para fugarse del castillo de Kronjus necesitó una fuerte complicidad. Se fugó usted tres días después de la visita de su hermano Werner, a quien acompañaban Mitzi y Kleiber. Conste que esto lo saco a relucir ahora, porque he ido atando cabos. Es mi oficio, escuchar, asimilar, captar la onda, y emitir cuando conviene.

—Con quien debe usted tratar es con Werner. Yo no tengo nada por vender. Si, como espero, ahora que Margaret está en Zurich se presenta Werner, le transmitiré su oferta. Él es un puerco mercader, y creo, que se entenderá con usted. Resido en Eisbanh, número 86. Un pequeño chalet amueblado, de modesto alquiler. Tengo teléfono.

—Y yo en el «Hotel Edén». Salvo que allí soy Ilia Razin. Esperaré su llamada con ansiosa impaciencia. Confío en que Werner Lukas sabrá apreciar la bondad de la oferta… ¿Ha visto a Margaret?

—Sí. Pero intervinieron dos policías, antes que ella pudiera hablarme.

—Trataré de averiguar lo que opinan Lefranc y Stanley. No lo incluiré en la cuenta. Servicio gratis.

Carey Flaherty se levantó.

—Sería preferible que Lil me siga considerando un granuja capaz de matar a su protegido Ilia. Realmente, sentí deseos de hacerlo. Pero a sangre fría no pude. Preferí arriesgar mi veinte por ciento.

—Su sensibilidad enternece, Flaherty. Buenos días.

—Lo son.

Rolf Lukas silbó entre dientes «Liebenlei». ¿Era una trampa la noticia dada tan abruptamente por el inspector Stanley?

Se dirigió hacia el estanque. Lil Grover tenía una expresión suplicante.

—No tuve más remedio, Rolf. Era preferible un chantajista a un

policía… y además no quise que muriera Ilia Razin.

—Eres siempre la sin reproche, Lil. Algún día volveré a Viena. Algún día volverá Viena a ser como era… Adiós, Lil.

Rolf Lukas la besó fraternalmente en la mejilla. A unos pasos de distancia, Carey Flaherty meditó sobre las causas de la decadencia de Europa. Demasiado sentimentalismo desplazado…

Rolf Lukas vió alejarse a la pareja.

Eran varios los que admiraban los cisnes, majestuosamente señoriales en sus evoluciones.

Alguien silbó el preludio de «Liebenlei».

Rolf Lukas irguió lentamente la cabeza. El silbador acababa de reproducir la «disonancia» de la contraseña…

Rolf Lukas llamó a un taxi. No miraba al hombre con gafas de sol que le seguía. Dijo en voz alta al chofer:

—86, Eisbanh.

CAPÍTULO X

—Vaya a dar un paseo largo, abuela. Tengo una cita privada.

La mujer que atendía a la cocina y limpieza del pequeño chalet, lo abandonó.

Rolf Lukas aguardó unos instantes. Fué después a abrir la puerta, regresó a su sillón.

La puerta volvió a cerrarse, y unos pasos titubeantes se aproximaron.

Rolf Lukas no miró. Tenía los ojos clavados en la fotografía que, a su lado, adornaba la mesita portalámpara, cuya pantalla tamizaba la luz azul.

Las contraventanas estaban cerradas, y las cortinas corridas.

Werner Lukas vino a sentarse a tres pasos, frente al sillón ocupado por su hermano.

—No pude acudir antes, Rolf. Tenía primero que encontrar a la inglesa, y después… te dirigiste a la «Stadtpolizei».

—Has tardado en dar conmigo, ¿o tardaste en encontrar a Margaret? Ya podemos mirarnos, Werner. Pasó el momento peligroso. Es imposible matar a un hermano. Y más cuando sé que nunca volverás a conocer la dicha de vivir. Llevas el castigo a cuestas, Werner. Naciste caballero, y no sabrás morir como un puerco canalla ladrón despreciable… ¿Querías mucho a Mitzi?

—¡La odié! —dijo, convulsivamente, Werner.

—A veces, amor y odio se entremezclan del mismo modo que la vileza y la caballerosidad.

—¿Te han descubierto los policías, Rolf?

—El único que conoce la historia del pacto, es un detective de una compañía de seguros. Bastará con que telefonees al «Hotel Edén» y preguntes por Ilia Razin. No temas… Yo cumplo siempre.

Se hace pasar por un policía ruso, pero se llama Carey Flaherty, y a cambio de su veinte por ciento te ofrecerá la adquisición de las joyas aseguradas por su compañía. Quedó a mi elección el escondite. Era mi garantía. Vi a Mitzi cuando, procedente de un poblado italiano, me buscó por Zurich. Iba a Londres. Me dijo que iba en busca de Margaret. Tiemblas como un condenado, Werner.

—He… matado a Mitzi. Cuando supe…, fui a su chalet italiano. Se había ido. Destrocé el chalet…, porque tenía que hacerle daño, cuanto daño pudiera, por si no lograba encontrarla. Me dijeron que había tomado pasaje para Zurich, y desde aquí había ido a Londres. Cuando entré en su alcoba, no sabía que yo me había enterado. Oyó la contraseña, mientras le arrancaba la piel a latigazos… antes de ahorcarla.

—Pobre Werner… ¿Estás loco? ¿Ahorcaste a Mitzi? Estabas enamorado.

—A la misma hora, dos y veinte de la madrugada, la hora en que ella murió…, hice lo mismo con Kleiber. ¡Me tuvieron engañado, para poderse valer de ti! Lo imaginé ella… cuando trasladaron a Margaret a Berlín… Siempre creí que estaba con vida, y que Kleiber la había hecho huir. Yo no podía cerciorarme, y nunca desconfié de ellos…

Rolf Lukas, eh pie, adelantó las manos…

—No pude consentir el último engaño, Rolf. Te mataría descubrir de pronto… la verdad, como me enloqueció averiguar, por un fugitivo, el final de Margaret, ahorcada a las dos y veinte…

Se truncó la frase.

Rolf Lukas mantenía en dogal sus manos alrededor del cuello de su hermano, caído de rodillas.

Sacudió, retrocediendo de pronto, horrorizado. En el suelo, Werner Lukas respiraba fatigosamente…

Rolf Lukas volvió a sentarse, cerrados los ojos, temblorosas las facciones. Resbalaban por sus mejillas, lentamente, lágrimas que ardían…

—Fui sincero, cuándo allá en Kronjus te juré que Margaret vivía. Así me lo habían jurado Kleiber y Militza. Debes creerme, Rolf; debes creerme… ¡Por ellos, por nuestros padres!… Mi vileza no podía llegar hasta mentirte… Y escapé convencido de que Kleiber había facilitado la huida a Margaret, y que tú y ella os reuniríais.

Sólo supe la atroz mentira hace doce días… Créeme, Rolf…

—¿La mujer que sollozó al oírme…?

—Una dependienta de los «Almacenes Davies» en Londres. Creía que tú estabas loco, y ellos la iban a emplear para el último engaño. Se lo oí exponer a Militza en el hotel. Esperé a las dos y veinte… y supo por qué moría. Supo que no era para quedarme con su parte, porque le susurré el nombré de tu novia, y cada latigazo que…

—Calla, Werner… Encontrarás lo que te hizo ser un canalla en el estiércol contenido en dos grandes tinajas. Las tinajas están en el huerto del chalet de Barletta, propiedad de Militza. Coloqué allí el fruto de tu vileza, cuando Militza me anunció que iba a Londres en busca de Margaret. Me habló de su chalet en Barletta, y me dió las llaves. Quería que allá fuéramos todos… ¿Te das cuenta?… ¿Destrozaste el chalet, Werner? Pero no el huerto, ¿verdad? Y nadie irá a remover el estiércol. Sólo tú sumergirás las manos, removerás y extraerás la riqueza. Llévate de compañero a Carey Flaherty. Él se tapará las narices, y sólo te comprará las joyas, cuando las hayas limpiado. ¡Cumpliste, Werner! Creíste que Margaret vivía… ¡Cumplo! ¡Fuera de aquí!

—Quisiera saber qué piensas hacer, Rolf. Podríamos ir a Sudamérica… ¡Rolf!… ¡Andan en el jardín! ¡Alguien… viene!

—Busca un hoyo, que es tu sino. Escóndete.

Werner Lukas corrió hacia el fondo del vestíbulo, desapareciendo tras una puerta.

Llamaron en la de entrada. Fué a abrir Rolf Lukas.

Lefranc y Stanley entraron.

—Hemos averiguado su domicilio, señor Lukas.

—Y están en él. Pasen, señores. Encenderé las luces. Estaba meditando. Tengo momentos tristes…

—Grieder nos ha informado que usted ignoraba cierta tragedia sucedida en una cárcel de Berlín. Pero ¿lo ignoraba usted? Militza Rezke y Albert Kleiber murieron a la misma hora que…

—Cállese, Lefranc.

—¿No lo ignoraba? Látigo y horca.

Rolf Lukas saltó hacia adelante, pero Gregor Stanley preveía lo que iba a suceder ante la brutal táctica de Lefranc.

Aplicó una llave, y mantuvo desde atrás los brazos doblados de Rolf Lukas.

—Cálmese, Rolf. Bastaría que nos dijese, con testimonio fiel, dónde estaba usted las noches en que murieron respectivamente en Londres y París, los que buscaron una doble de Margaret. Cálmese, Rolf. Es doloroso su caso, pero a nosotros nos incumbe detener, sin juzgar. El comisario Lefranc ha establecido la hipótesis de que usted huyó de Kronjus gracias a la ayuda de su hermano, de Kleiber y de Militza. ¿Quién le facilitó las armas para huir? Posiblemente le dirían que Margaret vivía, y por eso buscaron en Londres…

—Suélteme, Stanley. Me pasó el arrebato. Hace tres noches estuve en una reunión musical en casa de los Hofensthal. Me despedí cerca de la una. A la noche siguiente jugué al ajedrez hasta la medianoche en el local de «Gambrinus», con el propietario. Y ahora, lárguense. Ya basta.

—¿Por qué tenían que entrevistarse con usted Kleiber y Militza?

—Averígüelo. Mi hipótesis es que, a cambio de la vida de Margaret, yo les podía facilitar la huida a América.

—No le necesitaban para huir. Poseían numerosas documentaciones.

Stanley intervino:

—Sólo nos incumbe atrapar al asesino, Lefranc. Por favor… Ya ha demostrado este caballero que no pudo estar en Londres… ni en París… ¡Cállese, Lefranc, maldición!

Y Henri Lefranc, duro como el pedernal, se calló.

Era muy desagradable ver llorar a un hombre, que a la vez sonriente, silbaba los melancólicos compases del «Liebenlei».

Volviéndose de espaldas, Rolf Lukas cesó de silbar.

—Si hubiera sabido el final de Margaret… yo hubiera matado a Militza y a Kleiber, pero no los hubieran encontrado… Todo ha terminado… Ella murió, y no tengo por qué continuar esperando en esta ciudad amable y acogedora. Gracias, inspector Stanley. Es usted un caballero. Gracias también, comisario Lefranc. Usted busca a un asesino, y yo no lo soy.

—Pero… ¡usted puede saber…!

—Hicieron mucho daño, y lo pagaron. Adiós, señores. Y díganle a la inglesa que no le tengo rencor. También sabía llorar… como yo, sin avergonzarse. Un gran amor, siempre nos hace pensar que la Humanidad sabe crear rosas en el estiércol.

Tampoco supo Rolf Lukas que al pasar la frontera italiana, dos

austríacos reconocieron a Werner Lukas. En la accidentada persecución, de la que fué testigo inactivo Carey Flaherty, Werner Lukas se despeñó, estrellándose al fondo de la sima roquiza.

Pero la compañía «Sun» sabía ya que las joyas estaban ocultas en dos tinajas de estiércol. Se ahorró la prima de compra.

* * *

Ilia Razin se frotó los entumecidos miembros. Bebió con avidez el contenido del termo, y con la misma voracidad deglutió uno tras otro varios emparedados.

—Por vez primera, come usted como un ser humano, Ilia. El hombre que le atacó se ha ido ya de Suiza. No veo por qué me mira así, Ilia Razin. No me quedó más remedio.

—¡Usted sabía que se llamaba Rolf Lukas!

—Se atragantará, Ilia. También usted sabía que era un botín en joyas, lo que encubría el vals.

—He fracasado. El capitán. Rubanov no me lo perdonará.

—Carey Flaherty me ha aconsejado que no vuelva a Viena. Llamaré a mi padre, y aquí podré continuar viviendo sin temor. Regresaremos a Viena, cuando vuelva a ser lo que fué. Ciudad de vieneses.

—Estúpidos sentimentalismos. Yo sí que he de volver a Viena, a dar cuenta de mi fracaso. Me degradarán.

—Es usted un niño, Ilia. No vuelva. Escriba sus memorias, y se hará rico. Yo podría ayudarle.

Ilia Razin salió al exterior de la gruta. Aspiró, mirando el soleado paisaje. A su lado, Lil Grover comentó:

—Volver es un estúpido sentimentalismo, superhombre. Usted es un policía apolítico, me dijo.

—Hay cosas que escapan a la inteligencia femenina de una vienesa. Avise a su padre que venga a reunirse con usted, con urgencia. Le doy cuarenta y ocho horas, Lil Grover. Después, declararé cuanto ha ocurrido. Adiós…

—Irá a las canteras siberianas, Ilia.

—No fracasé por ineptitud ni mala fe. Lo demostraré.

—¿Tiene esposa, Ilia?

—No.

—Y es huérfano. Aquí, lejos de toda intriga, podría yo demostrarle que hay tesoros que usted ignora: la música, la vida apacible, la ternura… ¡Ilia! Míreme. Soy fea, y no sé lo que es amor, pero viéndole sé lo que es morir de ansia de prodigar ternura, porque… porque tú y yo la necesitamos.

Ilia Razin gruñó:

—Sentimentalismos que conducen a la debilitación imperante entre…

Se calló, porque no supo de dónde brotó incontenible el impulso que le hizo abrazar con furia torpe a la que rió dichosa. Había vencido.

Y su íntimo afán, prodigaba en su rostro la irradiación hermosa de un alma. Una belleza que obscuramente había ya presentido el agregado Ilia Razin.

* * *

Cinthya Sutton no era la misma. Sus compañeras comentaban que a raíz del misterioso viaje, habíase convertido en una taciturna melancólica.

Y era un mal que se agravaba, puesto que aun dos meses después de su regreso, seguía triste, como acometida de extraños remordimientos.

«Mil Ojos» acudió presuroso al oír la ruptura de cristales. El frasco de colonia se había estrellado contra el mostrador.

Pero el cliente tenía siempre la razón, y decía:

—Fué mi culpa, sólo mi culpa. A mi cuenta, Margaret.

Se alejó «Mil Ojos». Sería un extranjero excéntrico, con la manía de llamar Margaret a las dependientas nerviosas. Tendría que informar a la gerencia. Era peligroso una dependienta triste y nerviosa en la sección de perfumería.

Cinthya Sutton balbució:

—Yo no sabía… la verdad. Lo supe cuando me la contó el inspector Stanley.

—¿A qué hora sale, Margaret?

—A las siete.

—Faltan cinco minutos. Esperaré cinco minutos más, Margaret.

Cinco minutos después. Cinthya Sutton andaba ensimismada. A

su lado, Rolf Lukas decía:

—Esperaré años si es preciso, pero no podrás tener celos de ella, porque…

Cinthya Sutton no oía nada. Sólo se daba cuenta que por fin había llegado su Príncipe Azul. Y no era el fantasma de un vals vienés, sino la risueña melancolía de un vienés enamorado.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 341 - Lía Ramos.
RECONQUISTA DIFÍCIL

Núm. 342 - Carlos de Santander.
PELIGROSA CONFUSIÓN

Núm. 343 - Sergio Duval.
○ EL MESTIZO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 181 - Trini de Figueroa.
CENIZAS

Núm. 182 - Víctor Sanmartín.
SÓLO EL AMOR IMPORTA

Núm. 183 - María Carmen Rey.
○ BAJO EL CIELO DE NIZA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 282 - Cliff Bradley.
RENCILLAS TRÁGICAS

Núm. 283 - Ref Segram.
EL SANGUINARIO

Núm. 284 - Sam Fletcher.
○ AMIGO DEL PELIGRO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 146 - A. Rolcest.
HECHICEROS DE MUERTE

Núm. 147 - Alar Benet.
LUCHA EN LA SOMBRA

Núm. 148 - Tony M. Tower.
○ DOS CRUCES EN LA NIEVE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 237 - E. Aguilar de Rücker.
LUZ DE AMANECER

Núm. 238 - Mercedes Munió.
CONFIDENCIA

Núm. 239 - Enri Clavort.
○ MI PRIMO MILLONARIO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 67 - M.ª Dolores d'Aracyl.
UNA MUCHACHA ATREVIDA

Núm. 68 - Marilyn.
RESURGIR

Núm. 69 - María Pilar Carré.
○ ESPERANDO AL DESTINO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 25 - Vic Peterson.
EL ASESINO RESIDE EN COMISARÍA

Núm. 26 - Arnold Briggs.
EL FANTASMA DEL VALS VIENÉS

Núm. 27 - Ricky Drayton.
○ PASIÓN SANGRIENTA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 20 - M.ª Pilar Carré.
UNA PERSONA IMPORTANTE

Núm. 21 - M.ª Teresa Sesé.
HISTORIA DE DOS HERMANAS

Núm. 22 - Nyhama.
○ A ORILLAS DEL GRAN KODOR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.